MANUAL DE EPICTETO,

TRADUCIDO DEL FRANCES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO TERCERO.

Se incluyen al fin las Vidas de Teofrasto y la de Menandro, y sus respectivos Pensamientos morales.

CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de Aznar.
AÑO M.DCCC.II.
Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

DISCURSO PRELIMINAR.

Para conocer los verdaderos principios de una secta religiosa ó filosófica, antigua ó moderna, no hay que buscarla en las obras de un solo autor, porque no se formaría de ella sino una idea tanto mas imperfecta, quanto, á pesar del espíritu general y dominante de la secta, á la qual nos arrimamos, suele hacerse una filosofía, como nos formamos una religion, segun el temperamento, el carácter y las pasiones. Pascál, devoto atrabiliario y melancólico: Fenelón, piadoso, sensible y tierno; pero los dos, igualmente

convencidos de la verdadera exîstencia de Dios, no tenian de él la misma idea, y no le veían báxo el mismo aspecto: la idea general y abstracta era necesariamente la misma; pero la idea particular era muy diferente. Lo mismo sucede con todos los objetos: estos tienen qualidades generales y comunes, que todos los hombres perciben, poco mas ó menos, del mismo modo, y de acuerdo convienen en su exîstencia; pero las ideas particulares que estos objetos excitan actualmente en su espíritu, las que despiertan, freqüentemente bien distantes las unas de las otras, las impresiones que dexan en el cerebro ó la substancia encerrada en la cabeza; no solo varían de un individuo á otro en el mismo ins-

tante, sino en el mismo individuo considerado en dos instantes, ó en dos estados diversos: como, por exemplo, en el estado de la salud ó de la enfermedad; en la juventud, en la madura edad ó en la vejez, &c. &c. No hay que admirarse de la poca uniformidad que reyna en los principios de los antiguos filosofos, como nos han sido transmitidos por sus discípulos. De estos diferentes principios, los unos se han dulcificado, corregido y cambiado, y los otros han sido exâgerados, y llevados al extremo, segun la organizacion fuerte ó endeble, y el espíritu circunspecto ó atrevido de aquellos que fundaban en ellos su filosofía.

Para no hablar aquí sino de

la moral de Zenón, es evidente, segun lo que precede, que ésta, ni fué, ni pudo ser la misma para todos los Estoicos; y lo es igualmente, que no se le nota el mismo carácter en sus escritos. En general no hay filósofo alguno, ni teólogo tampoco, que haya conservado en toda su pureza la doctrina de su maestro; y tampoco podria atribuirse al uno y al otro, aunque dixeran las mismas cosas, y se sirvieran de lós mismos terminos. Séneca declara en varios lugares de sus obras (1), que él busca la verdad sin guia: "Yo

(1) Véase el tratado de la Vida dichosa, cap. 3, y la Carta 45.

„no me sujeto á nadie, dice,
„yo me permito el tener un pa-
„recer: en sujetándose al de un
„solo autor, ya no somos de
„una secta, sino de una faccion.
„Yo respeto los pareceres de
„los hombres grandes, sin pres-
„cindir del mio." Es verdad que se encuentran en las reflexîones de Marco Antonino las máxîmas fundamentales del estoicismo; pero tan presto restringidas, y tan presto generalizadas, segun juzgaba que estas alteraciones diferentes eran necesarias para desenvolver, aclarar ó rectificar los principios que habia aprendido para arreglar su conducta.

Epicteto parece ser de todos los discípulos de Zenón, el que menos se apartó de sus ideas. Es un error el creer que él le

haya (1) abandonado sobre el artículo del suicidio; dogma comun á todos los filósofos de esta secta (2); y puede añadirse, y á toda la antigüedad. La teología pagana no lo enseñaba expresamente; pero estaba en al-

(1) Uno de sus traductores ha sostenido esta extraña paradoxa; pero con pruebas mas especiosas, que sólidas. *Véase la nota siguiente.*

(2) *Véase á* Arrián, *lib.* 1, *cap.* 9, 24 *y* 25, *y el l.* 4, *c.* 10, *de* Séneca, *epist.* 12; *y sobre todo, epist.* 70. Por lo que hace á Marco Aurelio, no citarémos sino este pasage de sus reflexîones: "Sal de la »vida, si te se hace importuna; »pero sal de ella sin quejarte, y »sin murmurar, como de un quar»to que humea."

gun modo consagrado por un largo uso, mas ó menos en vigor, segun los tiempos, y porque las leyes (1) no dexaron de

---

(1) Todo el mundo sabe que la ley Romana no señalaba pena alguna contra el suicidio; y lo que no es menos reparable es, que todas las causas que podian llevar al hombre al extremo de darse la muerte, están previstas y estipuladas en esta ley que sigue: *Si quis impatientia doloris, aut tædio vitæ, aut morbo, aut furore, aut pudore, mori maluit, non animadvertatur in eum.* Véase el Digesto, libro 48, tít. 21; y el Código, lib. 9, tít. 50, *de Bonis eorum, qui mortem consciverunt.* Ha habido naciones enteras que han mirado el suicidio como permitido. Entre los Embaxadores Indianos que Augusto recibió

tolerarlo, á no ser en el reynado de algunos Emperadores, á quienes la avaricia dictó sobre este objeto, reglamentos particu-

---

bió en Samos, de parte de Pandion y de Poro, Reyes de las Indias, se halló un filósofo de la misma nacion, que habiendo vuelto con el Emperador á Atenas, se hizo quemar en una hoguera, por no exponerse, decia, á los caprichos de la fortuna, y á la instabilidad de las cosas humanas. Púsose sobre su sepulcro este epitáfio: "Aquí yace "Zarmanochégas, Indiano de Bar- "gosa, que segun el antiguo uso "de su nacion, se ha dado la muer- "te á sí mismo." *Apud* Strab. *geogr. lib.* 15, *p.* 1048. *edit. Amst.* 1707. *Confer. quæ Dio, in August. l.* 54, *cap.* 9, *pág.* 739, *ed. Hamb.*

lares, en los quales el interés tuvo mucha mas parte que el de la religion (1).

---

(1) Luego que aquellos que se quitaban la vida á sí mismos, eran acusados ó juzgados culpables de un crimen cuya conviccion prescribia la confiscacion, sus bienes eran aplicados al Fisco; y en el caso en que el crimen, por el qual se habian quitado la vida, no se sujetase á la confiscacion, se le entregaban al heredero legítimo: ley iniqua, arbitraria, y puramente fiscal, que ponia todos los bienes de los ricos en las manos del tirano, cuya avaricia jamás dexaba de hallar pretextos para hacer acusar y declarar culpables de crimenes grandes á todos aquellos que tenia interés de perder. *Véase el Rescripto de un Emperador, citado en el Diges-*

El Manual de Epicteto encierra el resumen de su filosofía, ó mas bien el del Pórtico, del qual fué el realce y el apoyo. Tambien tenemos sus discursos morales, recopilados igualmente por Arrián, los quales pueden mirarse como una especie de comentario de su Manual; con esta diferencia, que aquí es el autor mismo el que desenvuelve, explica y aclara sus propias ideas, en vez de que freqüentemente los intérpretes no entienden las que comentan, ó no ven sino un lado del objeto, quando sería preciso el mirarle por

---

gesto, *lib.* 48, *tít.* 21. *Ley* 3, §. 1, 2 *y* 3, *ff. De Bonis eorum, qui antè sententiam, mortem sibi consciverunt.*

todas sus partes, y penetrarle, por decirlo así, todo entero, de una mirada.

Pocas relaciones nos quedan de la vida de Epicteto. El tiempo, y aun mas la ignorancia y la supersticion, que han hecho perecer tantos monumentos preciosos de la antigüedad, frutos del ingenio y de la libertad, han destruído aquel que Arrián (1) habia elevado á la gloria de su ilustre maestro. Lo que puede concluirse de varios hechos esparcidos en los historiadores, y lo que en el fondo nos importa

---

(1) Él habia compuesto una vida muy circunstanciada de Epicteto. *Véase el Prefacio de Simplicio sobre el Manual.*

mas el saber, es, que en el siglo tempestuoso y corrompido, donde, por observarlo de paso, apenas se hallaban gentes honradas sino entre los Estoicos, Epicteto se manifestó siempre amigo del órden y de la virtud; tan verdad es, como lo dice Marco Antonino, que por todas las partes en donde se puede vivir, se puede vivir bien (1). Pero bien diferente de los Sacerdotes del Paganismo, cuyas acciones estaban sin cesar en contradiccion

---

(1) Hablando Tácito de la conducta de Agrícola, báxo el reynado de Domiciano, dice en el mismo sentido: *Sciant quibus moris illicita mirari, posse etiam sub malis principibus magnos viros esse.* In Agricol. cap. 42.

con sus preceptos : Epicteto no se ciñó á perfeccionar la teoría de los deberes ; hizo mas , los practicó , y siguió sus costumbres con toda la austeridad de sus principios especulativos. Él fué buen amigo , buen ciudadano , vasallo fiel , y lo que sobre todo merece notarse es , que amó y observó su regla mientras vivió con igual fervor al de un novicio. Nadie como él ha simplificado la moral : él reduxo las mas útiles lecciones de ella á esta fórmula , que ciertamente forma un gran sentido : "Abstenerse , y sufrir."

Para juzgar bien la fuerza y el resorte que prestan al alma el desprecio de la muerte y del dolor , y para conocer todas las ventajas de una educacion pública y

nacional, que tuviera por base este principio, que puede mirarse como la causa primera de todo lo que los Romanos han hecho de bueno, de útil y de grande, es necesario leer á Epicteto: allí se ve la calma y la serenidad en la desgracia y en los reveses de la vida: la elevacion de los sentimientos en la servidumbre y el abatimiento: el valor en los sufrimientos: la paciencia en la miseria y en la pobreza: el perdon de las injurias; en una palabra, todas las virtudes cuya práctica exîge los mayores sacrificios llevados á un punto de perfeccion que admira, pero que prueba al mismo tiempo, que la naturaleza habia hecho á Epicteto estoico, así como Cynico á Diógenes. El estoicismo

era en él, por decirlo así, una virtud de temperamento; y podria asegurarse, que esta doctrina, tan dura y tan severa, que parece que Zenón no habria seguido sino por razon, Epicteto la hubiera encontrado por instinto: ella resultaba de su constitucion física. En efecto, el estúdio, la meditacion, la opinion, la costumbre, el amor de la gloria, la esperanza de vivir en la memoria de los hombres, la sola cosa, dice un antiguo, que puede consolar la brevedad de la vida, el deseo bastante general de hacer honor á la doctrina que se profesa, con su virtud y sus sacrificios, para representarla mas respetuosa á los ojos del pueblo; estas diferentes causas puramente morales, reunidas todas, no

son bastante poderosas para dar al hombre aquella resignacion heróyca en todos los sucesos (1), y aquella impasibilidad estoica, de la qual Epicteto presentó constantemente el modelo. La experiencia prueba, que estas causas modifican al hombre mas ó menos; pero ellas no mudan su naturaleza, ni hacen, segun la expresion misma de Séneca, un ser de bronce (2).

---

(1) Véase un hermoso discurso de Epicteto sobre el estado en que deseaba le sorprehendiese la muerte. *Apud* Arrián, *lib.* 3, *cap.* 5.

(2) No conozco sino una sola causa que transforma absolutamente al hombre, y que da al indivíduo mas debilmente constituído una fuerza física extraordinaria: le hace

ce

Luego que un filósofo, llamado al Tribunal de las Leyes por algunos escritos inconsidera-

---

ce soportar tranquílamente los mas vivos dolores, arrostrar los peligros mas urgentes, y esperar la muerte con intrepidéz; y ésta es el fanatismo. Puede tambien, con respecto á esto, hacerse esta causa mas activa, mas enérgica que la organizacion que sostituye, como el delirio y el frenesí en las enfermedades agudas. El fanatismo es el mismo en el que sufre, y en el que hace sufrir sin experimentar la menor emocion, ni el mas ligero movimiento de piedad; y él produce en ellos los propios efectos. Él quita á aquel el sentimiento de sus propios males, y hace á éste absolutamente insensible á los males de los otros: es la misma disposicion aplicada á casos diferentes.

dos, no cree que debe rehusar á la verdad una confesion y un sacrificio que cien fanáticos han

---

Colóquense diversamente estos dos indivíduos, y se verá el mismo resultado. Pero es menester observar, que el fanatismo en general es una causa accidental y momentánea: es una enfermedad del cerébro, que tiene sus accesos, su paroxîsmo, su declinacion y su resolucion. Pasa como una epidemia; y su duracion, así como sus efectos, varía segun el progreso de las luces, y el espíritu general y dominante del siglo. A veces se encuentra tambien unido al temperamento mas ardiente, al mas sombrío, al mas melancólico y á la organizacion mas fuerte; y entonces causa los mayores males, y no se apaga sino con la vida. En todos los casos hace al hombre atróz ó insensato. Pero aquí

hecho á la mentira, y se determina á sellar su doctrina con su sangre, con la esperanza de dar por este acto de firmeza una sancion mas fuerte á sus discursos y á sus opiniones; no puede negarse que esta conducta, que por otra parte puede parecer mas ó menos sábia, mas ó menos conforme al objeto que se propone, manifiesta energía y carácter. Pe-

---

no consideramos los efectos constantes de las causas físicas, que son las solas causas real y necesariamente tales, porque obran incesantemente, y su accion puede acelerarse todavía, y multiplicarse tambien por el concurso y la reunion de todas las causas morales. *Véase el texto, despues del parage que forma el asunto de esta nota.*

ro no se compare una sola accion con el tenor entero de la vida, ni se saquen de un fenómeno particular conseqüencias generales. Por penoso que entonces sea el sacrificio, y sea el que se quiera el esfuerzo, es el negocio de un momento: y si es preciso creer á un buen Juez en esta materia, "es una cosa comun el correr á
» la muerte por impetuosidad de
» espíritu; pero solo una alma
» grande que haya deliberado si
» es menester vivir ó morir, pe-
» sa exâctamente los motivos de
» una parte y otra, y se deci-
» de por el peso de la razon, ó
» á morir ó vivir (1)."

---

(1) *Id ergo arduum imprimis et præcipua laude dignum puto. Nam im-*

Observemos todavía con respecto al filósofo que prefiere la muerte á la desaprobacion pública de sus opiniones, que si su vida debiera ser como la del estoico, una larga prueba de paciencia y de valor, y, por decirlo así, la lucha contínua de un solo hombre contra la naturaleza; si su suplicio debiera durar solamente algunos dias, no vacilaría para retractarse, y hacer ceder el interés de la verdad (al progreso de la qual no es indife-

---

impetu quodam, et instinctu procurrere ad mortem, commune cum multis: deliberare verò et causas ejus expendere, utque suaserit ratio, vitæ mortisque consilium suscipere vel ponere, ingentis est animi. Plinius, *l.* 1, *epist.* 22.

rente por otra parte, que él viva ó que muera) (1) á una ley mas fuerte, mas imperiosa, y la primera de todas, que es la de la conservacion. Sin duda, la educacion, la razon perfeccionada por la experiencia y la reflexîon, pueden ayudar, fortificar, corregir, ó cambiar tambien hasta un cierto punto las disposiciones naturales; pero si la máquina es débil ó mal constituída: si el género nervioso es demasiado sensible, demasiado irritable: si el jóven educando no tiene pasiones; en una palabra, si la orga-

(1) *Si industria ac rigor adsint, eo laudis excedere, quo plerique per abrupta, sed in nullum reipublicæ usum, ambitiosa morte inclaruerunt.* Tacit. *vita Agric. cap.* 42.

nizacion contradice sin cesar las sábias lecciones del maestro, y se opone constantemente á su efecto; como la ley eterna é invariable establece en el universo, que siempre lo físico arrastre lo moral, estas lecciones no tendrán sobre el hombre sino una influencia débil y pasagera, y la naturaleza quedará la mas fuerte. Esto es lo que tal vez hizo decir al sabio Bordeux: "¡Dicho-
„sos aquellos que tienen su fi-
„losofía en la sangre!" Á lo menos es cierto, que ésta es la mejor y la mas segura; y ésta fué particularmente la de Epicteto. Mientras Séneca, Marco Aurelio, y la mayor parte de aquellos que habian abrazado la secta de Zenón, estoicos ya por institucion, hacian inútiles esfuer-

zos por ser consiguientes á sus principios, y se desesperaban de quedar hombres (1); Epicteto armado, por decirlo así, por la naturaleza contra todas las penas de la vida, encontraba en la extremada fuerza de sus órganos recursos suficientes para soportar con paciencia el estado de baxeza á que se hallaba reducido: los desprecios y los ultrages de un maestro insensato; y en fin, los males mas crueles y prolongados.

Entre los muchos hechos in-

---

(1) Yo os exhorto á la firmeza, dice Séneca á Lucilio; yo que he llorado con exceso á mi caro Sereno; yo á quien pueden contar, y me avergüenzo, entre aquellos á quienes el dolor ha vencido. *Epíst.* 63.

teresantes de la vida de estos filósofos, hay uno sobre todo, que confirmando estas reflexîones, hace mas sensible el resultado de estas diferentes disposiciones orgánicas.

Epafródito, hombre brutal y feróz hasta en sus juegos, tenia el bárbaro placer de atormentar á Epicteto, y se divertia en torcerle una pierna: Éste le dixo sonriendo, y sin alterarse: "Si continuais, me rom-„ pereis la pierna:" lo que en efecto sucedió. Entonces Epicteto repuso friamente, y con un rostro tranquilo: "Bien os dixe, „ que me romperiais la pierna."

Marco Aurelio perdió su Gobernador, y penetrado de sentimiento, olvidó su constancia ordinaria, y lloró. Los cortesanos,

siempre dispuestos á ridiculizar las virtudes que no poseen, y mas vanos de una buena chocarrería, que lo que las almas honradas deben estarlo de una buena accion; se burlaban de este jóven Príncipe en presencia del Emperador, el qual se lo tachó con una palabra sentenciosa, en donde brillan á un tiempo la bondad de su corazon, y la precision de su entendimiento. „Permitidle el ser hombre, les di„xo, ni la filosofía ni el imperio „quitan las pasiones. (1)"

Se puede unir á este exem-

(1) *Permittite illi (inquit) ut homo sit: neque enim vel philosophia, vel imperium tollit affectus.* Jul. Capitol. in Antonino Pio, *cap.* 10.

plo el de Posidonio. Pompeyo, á su vuelta de Siria, fué expresamente á Rodas para oír á este filósofo; pero no se prometia conseguirlo de un hombre atormentado de agudos dolores: "El es-
» tado de sufrimiento en que me
» encontrais, le dixo Posido-
» nio (1), no me impedirá el

(1) *At ille, tu verò, inquit, potes: nec committam ut dolor corporis efficiat ut frustra tantus vir ad me venerit. Itaque narrabat (Pompejus) eum graviter et copiosè, de hoc ipso: Nihil esse bonum nisi quod esset honestum, cubantem disputasse; cumque quasi faces ei doloris admoverentur, sæpè dixisse: Nihil agis, dolor; quamvis sis molestus, numquam te esse confitebor malum. Apud* Cicer. Tusc. *disput. lib.* 2, *cap.* 24.

„cumplir vuestro deseo; y no „se dirá que Pompeyo vino in„útilmente á honrar mi retiro „con su presencia." Al instante le probó con un discurso, tan grave como eloqüente, que solo es bueno lo que es honesto. Pero la violencia del mal le obligaba á interrumpirlo, y dixo: ¡Por mas que hagas, dolor, y por mas importuno que seas, jamás confesaré que tú eres un mal!

"Este cuento que tanto ha„cen valer, dice Montaigne, ¿qué „supone para despreciar el do„lor? No disputa sino una pa„labra; y sin embargo, si aque„llas punzadas no le mueven, „¿por qué interrumpe su dis„curso? ¿por qué piensa hacer „mucho en no llamarle mal? Él „siente las mismas pasiones que

„ mi lacayo; pero se envanece
„ sobre que á lo menos contiene
„ su lengua báxo las leyes de su
„ secta."

Esta reflexîon de Montaigne no dexa de ser justa; pero no es menos cierto, que Posidonio era estoico, quanto se puede serlo por estúdio y por reflexîon; y luego, que la preferencia que se da á esta secta, es antes un negocio de eleccion, que de vocacion. Se sabe del estoicismo quanto de él puede saberse y practicarse; y esto no es poca cosa. Posidonio era un sabio de un valor y de una firmeza de alma extraordinarios; pero esto no era ser un estoico. El verdadero estoico es necesariamente un fenómeno muy raro: es un ente á parte. Epicteto mismo no se creía digno de

este nombre. "Yo veo (1) bas-
„ tantes hombres, decia, que pu-
„ blican las máxîmas de los es-
„ toicos, pero yo no veo un es-
„ toico. Manifiestame, pues, uno:
„ uno es el que pido. Un estoi-
„ co; esto es, un hombre que
„ en la enfermedad se crea di-
„ choso: que en el peligro se
„ crea dichoso: que muriendo
„ se crea dichoso: que en un
„ destierro se crea dichoso: que
„ despreciado y calumniado se
„ crea dichoso. Si no puedes ma-
„ nifestarme este estoico perfec-
„ to y acabado, muestrame uno
„ empezado: no envidies á un

(1) *Apud* Arrián *l.* 2, *cap.* 19, *p.* 228, 229, *edit. Upton. Londin.* 1741.

„ viejo como yo, ese grande es-
„ pectáculo de que no he podi-
„ do, lo confieso, gozar toda-
„ vía."

Despues de haber definido así al verdadero estoico, hace Epicteto una bella aplicacion de estos preceptos generales á los casos particulares, que es el solo medio de hacer útil la moral; porque las generalidades en moral, son á los ojos del filósofo, lo que las especulaciones sublímes de la Álgebra y de la Geometría son para el pueblo que las mira como indagaciones de pura curiosidad, hasta que alguno aplica al fin al uso comun las verdades, que el cálculo y la observacion han descubierto.
" En todas las cosas, dice Epic-
„ teto, es necesario hacer lo que

„ depende de uno, y quedar
„ despues firme y tranquilo. Si
„ me veo en la precision de em-
„ barcarme, ¿qué debo hacer?
„ escoger bien el buque, el Pi-
„ loto, los Marineros, la esta-
„ cion, el dia y el viento: es-
„ to es lo que depende de mí.
„ Luego que me hallo en plena
„ mar, sobreviene una tempestad:
„ éste no es ya negocio mio, si-
„ no del Piloto. El barco se vá
„ á fondo: ¿qué debo hacer?
„ hago lo que de mí depende:
„ no grito, no me atormento,
„ ni me quejo de Dios. Yo sé
„ que todo lo que ha nacido de-
„ be morir; esta es la ley ge-
„ neral: preciso es que yo mue-
„ ra. Yo no soy eterno, soy un
„ hombre, una parte del todo,
„ asi como una hora es una par-

„ te del dia. Una hora llega, y „ pasa; yo vengo, y yo paso „ tambien. El modo de pasar es „ indiferente: que sea por el „ hierro, por la fiebre ó por el „ agua, todo es igual (1)."

¡Qué contraste tan admirable forman con la moral incierta, sutíl y sentenciosa de Platón y Aristóteles estas máxîmas tan propias, como dice Montaigne, á *llenar el corazon* de valor, de independencia, y de intrepidéz! ¡Quánto la moral estoica se eleva sobre la de estos, sea por el vigor y la firmeza de sus principios, sea por las grandes é instructivas lecciones que

(1) *Apud* Arrián *l.* 2, *cap.* 5, *pág.* 188.

pueden sacarse de ella en las diferentes condiciones de la vida! ¡Qué no podria esperarse de los hombres, hasta en los países donde los insultos hechos á la naturaleza humana, á sangre fria, son tan freqüentes, si en vez de la educacion pusilánime y contradictoria que reciben en nuestros climas, y que asegura á sus hijos una parte de su debilidad, de sus vicios y de su miseria, se ocupasen temprano en fortificar su cuerpo con el exercicio y el trabajo: en rectificar su juicio con el estúdio de las ciencias exâctas: en acostumbrarlos con buenos exemplos al espectáculo útil y consolador de las cosas honestas (porque los buenos exercicios forman las buenas costumbres): en inspirarles el desprecio de las

grandezas de la fortuna; y sobre todo, de la vida, sin el qual tendrán siempre el espíritu encogido, y el alma comun; en fin, en exercitar en ellos el entusiasmo de la virtud por los preceptos firmes y austéros de esta secta tan fecunda en hombres grandes, á la qual llama el autor de los *Ensayos*, con razon, "la pri-
» mera escuela filosófica, y su-
» perintendenta de las otras!"

El que ha dicho que "el es-
» toicismo no es otra cosa que
» un tratado de la libertad to-
» mada en toda su extension,"
ha dado de ella (1), en pocas palabras, una idea general muy exâcta. "Si esta doctrina, aña-

(1) Vida de Séneca, *pág.* 423.

,, de, que tiene tantos puntos
,, comunes con los cultos religio-
,, sos, se hubiera propagado co-
,, mo las otras supersticiones, há
,, mucho tiempo, que ni hubie-
,, ra esclavos, ni tiranos sobre la
,, tierra."

No es la lógica, la física, ni la metafísica de los estoicos, la que debe temerse, porque ellos no han hecho mas que tartamudear sobre las ciencias, cuyos verdaderos principios no han sido conocidos sino de los modernos. Tambien puede decirse que las sutilezas de su dialectica, aunque tal vez propias á distinguirlos de los otros filósofos por sus expresiones, así como se diferencian por su doctrina, no son ni menos pueriles, ni menos ridículas que las de Escoto, &c. tan

justamente despreciadas en el dia; pero que necesariamente han debido, como todos los errores graves é importantes en las ciencias, excusar muchos extravíos á los que los han sucedido (1), y preparar el descubrimiento de las reglas fundamentales de la lógica, así como las disonancias en la música previenen la mas perfecta harmonía, y el reposo mas dulce á un oído sensible y exercitado.

Si la filosofía especulativa, y puramente racional de los estoi-

---

(1) Véase lo que han dicho sobre esto en la advertencia sobre las qüestiones naturales de Séneca, en el tomo 6 de sus obras, traducidas por M. la Grange, pág. 11 y 12.

cos, dexára un campo muy vasto á las indagaciones y á los trabajos de los modernos, no sucedería lo mismo con su moral y sus principios generales, de donde han deducido los deberes recíprocos de los hombres. Parece que esta ciencia de las relaciones constantemente establecidas entre los seres que tienen una misma naturaleza, y las mismas necesidades físicas, era la que habian cultivado mas, y la que miraban, igualmente que las ideas de Sócrates, como la mas útil y la mas importante, y la que formaba el carácter distintivo y particular de su secta. Un autor moderno, muy piadoso sin duda, cuyas intenciones son rectas, y las miras loables; pero cuyo zelo nos ha parecido, en general, mas

edificante que ilustrado, ha hablado de los estoicos y de sus principios filosóficos, sin haberlos conocido bien, y no ha dado, ni de los unos ni los otros, sino una idea vaga, incompleta, y freqüentemente falsa (1), como sería facil probarlo si éste fuera lugar para hacerlo. Observemos solamente, en favor de aquellos á quienes la autoridad de este autor pudiera imponer respeto, que todos los lugares de su obra, en donde particularmente se trata de los filósofos antiguos, deben

---

(1) *¡Ô utinàm arguerem sic, ut non vincere possem!*
¡Me miserum! ¿quare tam bona causa mea est?
Ovid. *Amor. l. 2, el. 5, v. 7.*

leerse con precaucion, sea por el modo poco exâcto é insuficiente con que exponen en ellos sus opiniones, ó sea por el juicio que forman. En efecto, ¿qué conocimiento preciso puede tomarse, en este libro, de la doctrina de Zenón, de Séneca, de Epicteto, y de Marco Antonino? ¿Por qué no se presenta al lector, despues de haber exâminado escrupulosamente, y juzgado con imparcialidad, un compendio fiel de la moral de los estoicos? ¿Y cómo, con un alma dulce y sensible, se habla tan friamente de una secta que ha dado el precepto, y el exemplo de todas las virtudes sociales: que miraba el universo como un Reyno, de quien Dios es el Príncipe, y como un todo, á cuya utilidad ca-

da parte debe concurrir, y dirigir sus acciones sin preferir jamás su ventaja particular al interés comun (1): que enseñaba, que cada uno debe amar á su semejante: velar sobre sus necesidades: preveerlas tambien: interesarse en todo aquello que le pertenece: soportarle: no hacerle mal ninguno; y creer que la injuria, la injusticia es una especie de impiedad: exercitar con

(1) *Mundum autem (Stoici) censent regi numine deorum, eumque esse quasi communem urbem, et civitatem hominum, et deorum; et unumquemque nostrûm ejus mundi esse partem; ex quo illud naturâ consequi, ut communem utilitatem nostræ anteponamus.* Cato apud Ciceron, *de Finib. bon. esmal. l. 3, c. 19.*

él la beneficencia : persuadirse fuertemente que no se ha nacido solamente para sí (1), sino para ventaja de la sociedad, y para hacer bien á todos los hombres, segun sus fuerzas y sus facultades : contentarse de haber hecho una buena accion, y del testimonio de su conciencia : olvi-

---

(1) *Hi mores, hæc duri immota Catonis*
Secta fuit: servare modum, finemque tenere,
Naturamque sequi, patriæque impendere vitam,
Nec sibi, sed toti genitum se credere mundo.

Pharsal. *l.* 2, *v.* 380, *et seq.*

Lucano ha juntado en estos quatro versos los rasgos mas característicos del estoicismo.

darse tambien en cierto modo de ella, en vez de buscar testigos, ó de proponerse alguna recompensa, ó de obrar mirando á su propio interés: pasar de una buena accion á otra buena accion; y no cansarse jamás de hacer bien, sino acumular, durante el curso de su vida, buena accion sobre buena accion, sin dexar entre ellas el menor intervalo, ni el menor vacío, como si ésta fuera la única ventaja del exîstir: creerse suficientemente pagado con solo el haber tenido ocasion de servir á otro: manifestar á éste reconocimiento, como por una cosa que nos es útil á nosotros mismos: no buscar por conseqüencia fuera de sí, ni el provecho, ni las alabanzas de los hombres: no estimar nada, y no tener na-

da tan en el corazon, como la virtud y la honradéz: no dexarse jamás separar de su obligacion, mientras que se la conoce, ni por el deseo de vivir, y mucho menos, por otra cosa alguna, ni por el temor de los tormentos ó de la muerte, ni por el de la ignominia, peor que la muerte, menos aun por el miedo de qualquiera desgracia que sea, &c. (1)?

Este pequeño número de preceptos tan sabios, y de una utilidad general y constante, entre

(1) Lo que acaba de leerse es extraído palabra por palabra de las obras de Séneca, de Epicteto, y de Marco Antonino, de quienes se hallarán las propias palabras en el sabio Prefacio de Gataker, sobre el libro de este Emperador.

los quales no hay uno solo que no respire la virtud mas pura, y que no sea conforme á la mas sana moral, basta para justificar lo que hemos dicho de la de los estoicos, y para demostrar que el autor de quien hemos hablado, no les ha hecho justicia, y los ha juzgado con demasiada ligereza.

Uno de los mas bellos ingenios de estos tiempos, que habia estudiado filosóficamente el espíritu de las diferentes sectas de la antigüedad, y cuyos principios habia tambien meditado profundamente, ha hecho de los estoicos, particularmente, un elógio que no se lee sin ternura, ni sin tomar parte en los sentimientos de respeto y admiracion que le dictaron. "Las diversas sec-

„ tas de filosofía entre los an-
„ tiguos, dice, pudieran consi-
„ derarse como especies de reli-
„ gion. Jamás ha habido una de
„ aquellas, cuyos principios fue-
„ sen mas dignos del hombre, y
„ mas propias para formar gen-
„ tes honradas, que las de los
„ estoicos; y si yo pudiera de-
„ xar un momento de pensar que
„ soy Cristiano y Católico, no
„ me detendría en poner la des-
„ truccion de la secta de Zenón
„ en el número de las desgracias
„ del género humano.

„ Ella no contrastaba sino las
„ cosas grandes, los placeres y
„ el dolor. Ella sola sabía hacer
„ ciudadanos, hombres grandes,
„ y grandes Emperadores.

„ Separémonos por un mo-
„ mento de las verdades revela-

„ das, busquemos en toda la na-
„ turaleza, y no hallarémos en
„ ella mayor objeto que los An-
„ toninos. Juliano mismo, Ju-
„ liano (un voto arrancado así,
„ no me hará cómplice de su
„ apostasía); no, no hubo despues
„ de él un Príncipe mas digno
„ de gobernar los hombres.

„ Mientras que los estoicos
„ miraban como una cosa vana
„ las riquezas, las grandezas hu-
„ manas, el dolor, las pesadum-
„ bres y los placeres, no se ocu-
„ paban sino en trabajar en la
„ felicidad de los hombres, y en
„ exercer los deberes de la socie-
„ dad: parece que miraban este
„ espíritu sagrado, que creían es-
„ tar en ellos mismos, como una
„ providencia general que vela-
„ ba sobre el género humano.

„ Nacidos para la sociedad, to-
„ dos creían que su destino era
„ el trabajar para ella; con tan-
„ ta menos carga, como que sus
„ recompensas estaban todas en
„ ellos mismos; y que dichosos
„ con su sola filosofía, solo podia
„ aumentarse su felicidad, sien-
„ do los otros felices."

Este homenage rendido á la virtud estoica, debe tranquilizar á los que defienden la misma causa, y consolarlos, si sucede que los contradigan.

Un hecho que excitará la mayor indignacion en las almas honradas, y que no podría creerse si no se hubiera visto en todo tiempo, que los hombres mas recomendables por sus talentos y por sus costumbres, han tenido la misma suerte, es, que esta secta,

cuya doctrina acabamos de explicar, báxo un punto de vista tan interesante, fué el objeto de las mas negras calumnias, en el reynado de los Emperadores. Se les imputaba á los estoicos como un crimen, el valor con que hablaban de la dignidad y libertad del hombre. Nada se ahorraba para hacer sospechosa su fidelidad: se les pintaba como espíritus inquietos y revoltosos (1), como hombres que llevaban con impaciencia el yugo de las leyes

(1) *Plautum... Veterum Romanorum imitamenta præfferre: assuntâ etiam stoïcorum arrogantia sectâque, quæ turbidos et negotiorum appetentes faciat.* Tácit. *Annal. l.* 14, *cap.* 57.

y de la autoridad; en una palabra, como enemigos secretos del Príncipe y del Estado; y así prepararon la pérdida de Séneca, de Traséas, y de varios otros estoicos igualmente virtuosos. "Es-
„ ta secta, decia uno de esos vi-
„ les acusadores (1), ha produ-

---

(1) *Et habet (Traséa) sectatores, vel potius satellites, qui nondum contumaciam sententiarum, sed habitum vultumque ejus sectantur; rigidi et tristes, quo tibi lasciviam exprobrent... Spernit religiones, abrogat leges... Ista secta Tuberones et Favonios, veteri quoque Reipublicæ ingrata nomina, genuit. Ut imperium evertant, libertatem preferunt: si perverterint, libertatem ipsam aggredientur.* Cossutianus Capito, apud Tacit. *Annalium, lib.* 16, *cap.* 22.

„ cido ya los Tuberones y los Fa-
„ vonios, nombres odiosos, has-
„ ta á la antigua República: para
„ destruír la autoridad del Prín-
„ cipe, ponderan la libertad: si
„ salieran con su empresa, ata-
„ carían la libertad misma."

Epicteto, que tantas veces habia visto los crueles efectos de estas calumnias insidiosas, creyó debia hacer sobre esto la apología de los estoicos. Su defensa es noble, simple, precisa, y como podrían, aun hoy, hacerla sus semejantes. "Los estoicos, di-

---

Los detractores de los filósofos modernos dicen las mismas cosas que Cossutianus Capito, pero no las dicen tan enteramente bien.

„ ce, enseñan que el hombre es „ libre: ¿enseñan con esto á des„ preciar la autoridad del Empe„ rador? ¡No lo permita Dios! „ Ningun filósofo enseña á los „ vasallos á levantarse contra su „ Príncipe, ni á substraer á su „ poder nada de lo que debe es„ tarle sometido. Toma, ahí tie„ nes mi cuerpo, mis bienes, mi „ reputacion y mi familia: todo „ lo entrego; y quando halles „ que enseño á alguno á retener„ lo á pesar tuyo, hazme morir, „ y soy un rebelde. No es esto „ lo que enseño á los hombres: „ no les enseño sino á conservar „ la libertad de sus opiniones, „ de las quales los ha hecho Dios „ los solos dueños."

Poco nos importa el saber si

esta apología, que se halla en las disertaciones de Arrián (1), que las recopiló, así como otros muchos pensamientos juiciosos y fuertes, de la propia boca de Epicteto, precedió ó succedió (2) al tiempo en que los filósofos fueron arrojados de Roma y de toda la Italia. En uno ú otro caso, ella prueba, que aquellos que con sus trabajos han extendido la esfera de nuestros conocimientos, restablecido la humanidad en sus derechos, freqüentemente violados, y destruído aquellas preocu-

(1) *Lib.* 1, *cap.* 29.

(2) Este parecer es el de Saumaise, y es el solo probable. Not. Salmas. in Epictet. *pag.* 4, *edit. Lugd. Bat.* 1640.

paciones funestas, manantial inagotable de disputas, de desordenes y de males, han sido en todos tiempos el objeto del ódio de los Soberanos absolutos, ignorantes y supersticiosos. Pero este mismo espíritu de persecucion, que los anima contra los solos hombres, cuyas opiniones no pueden ni mudar, ni encadenar, hace tan bien el elógio de los filósofos, así como la sátira de los tiranos; en efecto, no aborrecen á los sabios y literatos: no permiten á un farsante descomedido como Aristófanes, calumniar sobre el teatro sus costumbres y sus principios: no dispensan á sus viles delatores una proteccion pública; en fin, no arrojan de su Imperio á los que son su verdadero lustre, y cuyo juicio debe

arreglar algun dia el de la posteridad, luego que nada haya que temer de la influencia de su genio sobre su siglo, y de las luces que esparcen sobre todas las materias, en donde importa mas que la verdad sea conocida. Esto fué lo que hizo decir á un ingenio, con aquella ironía ingeniosa y fiña, que oculta en sus escritos las mas útiles reflexîones: "Gritan contra los filósofos: tie-
„ nen razon: porque si la opi-
„ nion es la reyna del mundo,
„ los filósofos gobiernan á esta
„ reyna."

Otra observacion no menos incontestable, porque se funda en una larga y triste experiencia, es, que no solo báxo los reynados de malos Príncipes son inquietados los filósofos, son des-

terrados y proscritos, sino que su suerte no es menos inquietada, ni mejor, báxo el de los buenos, quando son débiles y sin carácter; porque con la bondad sucede lo que con las demas virtudes: ella necesita ilustracion: tiene tambien sus excesos, que, puede ser, no tengan menos inconvenientes que la maldad: y esto me hace acordar de una reflexîon muy sensata de Agesilao, que oyendo alabar la bondad de un Rey de Lacedemonia, respondió con viveza: " ¿Cómo „ puede ser bueno, si lo es tam„ bien para los malos?"

Aunque Epicteto no enseñó nada que pudiera alarmar al déspota mas sospechoso, no por eso dexó de ser comprehendido en aquel iniquo decreto de Domi-

ciano, que ordenaba á todos los filósofos saliesen de Roma. Entonces fué quando se retiró á Nicopolis, villa de Epiro, por librar su cabeza del furor del Tirano y de un Senado corrompido, hecho el instrumento de sus venganzas; y de tal modo envilecido por la esclavitud, que no tenia otra pasion sino la del oro: otra voluntad que la de sus maestros estúpidos, caprichosos y feroces, á los quales se habia sometido baxamente, ni otro valor que el de devorar en silencio las afrentas que recibia de ellos.

No se reflexîona bastantemente la necesaria trabazon que los vicios tienen entre sí; ellos pesan, por decirlo así, los unos hácia los otros, y se atraen recí-

procamente (1): al hombre le sucede con respecto á esto, lo que al universo relativamente á los diferentes fenómenos que presenta, entre los quales, no hay uno aislado, aunque no se perciba siempre el punto por el qual se tocan. Consultese la historia, y se verá la aversion por las artes,

---

(1) La Fontaine habia divisado esta verdad, como se vé en estos versos naturales y faciles, segun los sabia hacer:

Hermanas las virtudes ser debieran,
así como los vicios son hermanos:
Si de tu juicio algunos se apoderan,
todos vienen, y están de tí cercanos.

Lib. 8, *fabul.* 25.

las letras, las ciencias, y por los que las cultivan, constantemente unida, sea en los Soberanos, sea en los vasallos, á la ignorancia ó á las preocupaciones muchas veces mas funestas que la ignorancia, á la falsedad de los juicios, á la pequeñéz del entendimiento, y á la perversidad del corazon; mientras que los Príncipes, cuyas virtudes nos han hecho su memoria tan grata, son precisamente aquellos que mas han acogido, estimado y protegido á los literatos. Tambien puede ser el interés que los Xefes del Estado toman por los progresos de la razon, la señal menos equívoca de un buen gobierno; porque quando este interés se manifiesta en los Príncipes con aquella viveza, aquella constan-

cia, y aquel tesón que debe tener para no ser estéril, supone necesariamente una infinidad de leyes, de reglamentos, de reformas, y de establecimientos sabios; tan evidentemente útiles, que reuniendo todas las voluntades particulares á la voluntad general, dan mas unidad al cuerpo político, y aumentan realmente su fuerza absoluta y relativa.

Plinio el jóven, estaba tan convencido de los buenos efectos de la instruccion, que en el Panegírico de Trajano, obra en que se ve con gusto, que el elógio de este grande hombre, resulta mas bien de la simple exposicion de los hechos, que del arte del orador, le alaba la atencion que prestaba á la educacion de los jóvenes, y del cuidado que ha-

bia tenido de hacer revivir en Roma el estúdio de las bellas letras. " Los miramientos, dice, „ y la consideracion que teneis „ con los filósofos, y con los que „ enseñan la eloqüencia, son los „ que han vuelto su antigua pa„ tria á las ciencias: vos sois „ quien las ha vuelto á llamar del „ destierro, en donde las tenia „ la barbárie del siglo precedent„ te, báxo un Príncipe que las „ miraba como enemigas de to„ dos los vicios, de los quales se „ hallaba él mismo tocado, y „ que las proscribia, no tanto por „ aborrecimiento que las tuviese, „ quanto por el respeto que le „ inspiraban; pero vos, vos ad„ mitís, y dispensais á los sabios „ y á los filósofos vuestra inti„ midad: vos leéis sus obras, y

„ gustais de su trato, porque
„ ellos no prescriben sino los de-
„ beres que vos cumplís, y los
„ amais tanto, quanto ellos os
„ honran (1)."

Tácito, siguiendo las propias miras, y por inspirar íntimamen-

---

(1) *¡Quem honorem dicendi magistris, quam dignationem sapientiæ doctoribus habes! ¡Ut sub te spiritum, et sanguinem, et patriam receperunt studia, quæ priorum temporum immanitas exiliis puniebat, cum sibi vitiorum omnium conscius Princeps inimicas vitiis artes, non odio magis, quam reverentiâ, relegaret! At tu easdem artes in complexu, oculis, auribus habes: præstas enim quæcumque præcipiunt, tantumque eas diligis, quantum ad illis probaris.* Plin. *Panegir. cap.* 47.

te á sus lectores el gusto y el respeto que él mismo tenia á las letras y á la filosofía, y queriendo dar en pocas palabras una idea del carácter atróz de Domiciano, termína la pintura del reynado sanguinario de este Príncipe, por el rasgo que creyó mas á proposito para hacerlo odioso. "Hasta los filósofos fueron ar-
» rojados, dice: todas las cien-
» cias honestas fueron desterra-
» das, á fin de que no quedáse
» señal alguna de virtud (1)."

Epicteto, nacido en Hierá-

(1) *Expulsis insupèr sapientiæ profesoribus, atque omni bonâ arte in exilium actâ, ne quid usquam honestum ocurreret.* Tacit. *in vita Agricol. cap.* 2.

polis, en Frigia, hácia el fin del reynado de Nerón, murió de edad muy abanzada, desterrado en Nicópolis; y segun la opinion mas probable, algunos años antes de la muerte de Adriano.



MANUAL DE EPICTETO.

I.

Todo lo que hay en la naturaleza, ó depende de nosotros, ó no depende. Lo que depende de nosotros son nuestras opiniones, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, nuestras repugnancias; en una palabra, todas nuestras acciones: lo que no depende son los cuerpos, los bienes, la reputacion, las dignidades; en fin, todo aquello que no es obra nuestra.

II.

Las cosas que dependen de nosotros son libres por su naturaleza: nada puede forzarlas, ni servirlas de obstáculo: las que no dependen, son débiles, esclavas, inciertas y extrangeras.

III.

Acuerdate, pues, que si crees libre lo que es dependiente por su naturaleza: si miras lo que no está en tu poder como una cosa que te sea propia, encontrarás obstáculos á cada paso: te verás afligido, turbado: acusarás á los dioses y á los hombres: en vez que si tomas solamente por tuyo lo que es real-

mente tuyo, y por ageno lo que á otro pertenece, no experimentarás jamás embarazo, ni obstáculo en tus acciones: no acusarás ni vituperarás á nadie: nada harás contra tu gusto: nadie podrá ofenderte: no tendrás enemigos; y nada desagradable te sucederá.

IV.

Si aspiras en efecto á un fin tan noble, acuerdate, de que para conseguirlo, no debe desearse débilmente; sino que debes renunciar enteramente ciertas cosas: abstenerte por algun tiempo de algunas otras; y sobre todo, velar sobre tí mismo: porque si con los verdaderos bienes buscas aún las riquezas y las dignidades, no obtendrás siquiera

estas últimas ventajas, porque has deseado las otras; y perderás ciertamente aquellos bienes, que solos pueden hacerte libre y dichoso.

V.

Así, pues, á la vista de algun accidente desagradable, dí al instante: tú no eres mas que una imaginacion, y de ningun modo lo que pareces. Sirvete despues, para determinar su medida de las reglas que has aprendido, sobre todo, de la primera: exâmina si esta desgracia es del número de aquellas cosas que están ó no están en nuestro poder; porque si es de la naturaleza de las que no dependen de nosotros, dí atrevidamente entonces, que ella no te toca.

VI.

Acuerdate de que el fin de todo deséo, es el de obtener lo que se apetece, así como el fin de toda aversion, es el de evitar lo que la causa; y que el hombre es igualmente desgraciado, sea que el suceso realice sus temores, sea que no corresponda á sus deseos. Si tu aversion, pues, no recae sino sobre cosas que están en tu poder, jamás experimentarás los males que temes; pero si temes la enfermedad, la pobreza ó la muerte, siempre serás miserable. Tranquílo sobre todo lo que no está en tu mano, teme únicamente las cosas que te están sometidas: cercena desde luego todos tus de-

seos; porque si no tienen por objeto lo que está en tu mano, tus esperanzas quedarán necesariamente frustradas. En quanto á las cosas mismas que dependen de tí, tú no te hallas todavía en estado de conocer las que es bien visto desear: contentate solamente con no buscar nada, ni huír nada, sino con moderacion, con discrecion y con reserva.

VII.

Exâmina con atencion la qualidad de cada una de las cosas que contribuyen á tus placeres, que sirven para tus necesidades, ó que tú amas; y comienza por las mas viles. Si quieres una olla, dí que quieres una olla; porque si se rompe, no te turbarás. Si

amas á tu hijo ó á tu muger, acuerdate de que son mortales; y si la muerte te los arrebata, no te alterarás.

VIII.

Antes de executar, piensa lo que vas á hacer. Si vas al baño, representate lo que en él pasa ordinariamente: allí se arrojan agua, se arrempujan, se dicen injurias, y se roba. Tú te presentarás en él con mas seguridad, si te dices: "Yo quiero „ bañarme; pero quiero tambien „ conservar mi independencia, „ aguantando todo lo que me im„ pone la naturaleza." Observa esta máxîma en todas tus empresas: por este medio, si algun obstáculo te impide el bañarte, te dirás al punto: "Yo

„ no queria bañarme solamente,
„ queria tambien conservar mi
„ libertad y mi carácter ; y no
„ la conservaré si no sé sufrir
„ con paciencia las insolencias
„ que aqui se cometen."

IX.

No son las cosas las que turban á los hombres , sino la opinion que de ellas forman. La muerte , por exemplo , no es un mal ; si lo fuera , habria parecido tal á Sócrates. La opinion que se forma de la muerte , es la que la hace tan espantosa. Luego , pues , que nos hallamos impedidos ó turbados , no acusamos de ello sino á nosotros mismos ; esto es , á nuestras preocupaciones.

Acusar á los otros de las propias desgracias, es el hecho de un ignorante: hacerlas caer sobre sí, es empezar á instruirse: no acusar á los otros, ni á sí mismo, es ser sabio.

X.

Jamás te ensoberbezcas con ninguna ventaja que no es tuya. Si un caballo dixera, alabandose, yo soy hermoso, se le podría sufrir; pero tú, quando te glorías de tener un hermoso caballo, sabe que de esto te jactas. Ahora, ¿qué hay en esto que te pertenezca? El uso solo de tu imaginacion. Por lo qual, si sabes arreglarla conforme á la naturaleza, entonces podrás gloriarte; porque á lo menos, te

aplaudirás del bien, que es verdaderamente tuyo.

XI.

Así como en un viage de mar, si el barco arriba á un Puerto, tú puedes baxar á tierra para hacer agua, y puedes tambien recoger algunas plantas y mariscos que se encuentran en la ruta; pero pensando siempre en tu barco, volviendo á él á menudo la cabeza para estar pronto quando el patron te llame, y á la menor señal arrojar quanto has recogido, no sea que éste te haga atár y meter en el fondo de la embarcacion, como á las bestias: del mismo modo en el viage de la vida, si en vez de un marisco ó de una seta, te se da

una muger ó un niño, puedes aceptarlos; pero si el patron te llama, corre prontamente, y abandonalo todo sin mirar atrás. Si eres viejo, no te alejes demasiado del barco, no sea que no puedas alcanzarlo ya, quando el patron te llame.

XII.

No pidas que los sucesos se arreglen á tus deseos; sino, conforma tus deseos á los sucesos: éste es el medio de ser dichoso.

XIII.

La enfermedad es un obstáculo para el cuerpo; pero no para la voluntad, á menos que ésta no consienta en ello: tú

eres cojo: ve ahí un obstáculo para tu pie; pero tu espíritu no dexa por eso de estar libre. Si haces el mismo raciocinio sobre todos los demas accidentes de la vida, hallarás que siempre son un obstáculo para alguna otra cosa, y no para tí.

XIV.

Á cada impresion que recibas de los objetos exteriores, entra en tí mismo, y busca la facultad que para resistirlos te ha dado la naturaleza. Si ves un hermoso jóven, ó una jóven bella, encontrarás en tí la continencia para defenderte de la seduccion: contra la pena ó el trabajo, hallarás el valor; y contra las injurias, la paciencia. Si

tomas este hábito, las fantasmas de tu imaginacion no tendrán ya imperio alguno sobre tí.

X V.

No digas jamás, sobre cosa alguna, yo he perdido aquello; sino dí, yo lo he vuelto. Si murió tu hijo, tú lo has vuelto: si tu muger ha muerto, tú la has vuelto: si tus campos te han sido arrebatados, ¿no es una restitucion que tú has hecho? Pero es un malvado quien te arrojó de ellos. ¡Eh! ¿qué te importa, que aquel que te lo dió te lo vuelva á pedir? Mientras que te lo dexa gozar, usa de él como de un bien ageno, y como el viajante usa de una Hostería.

XVI.

Si quieres hacer progresos en la virtud, dexa á un lado estos razonamientos: "Si descui-
" do mis negocios, no tendré de
" qué vivir: si no corrijo á mi
" esclavo, se hará malo:" porque es mejor morir de hambre, exênto de temor y pesadumbre, que vivir en la abundancia con contínuos terrores; y vale mas tambien que tu esclavo sea malo, que no que tú seas infelíz: empieza, pues, á exercitarte en las mas pequeñas cosas. Si te han derramado el aceyte, ó robado el vino, dí: "Á este precio se com-
" pra la tranquilidad; y á este
" precio se vende la constancia:
" por nada, nada se tiene." Si

llamas á tu esclavo, piensa que puede no oírte; ó, despues de haberte oído, no hacer nada de lo que le has mandado. De este modo, tu esclavo no será mejor; pero tú ganarás en ello infinito, pues le impedirás el que turbe tu alma á su gusto.

XVII.

Si quieres hacer progresos en la virtud, ten bastante espíritu para pasar por necio é insensato, haciendo ver lo poco que te importan los bienes exteriores. No intentes pasar por sabio: si te miran como un personage, desconfia de tí mismo. Sabe que es dificil el conservar una voluntad conforme á la recta razon, y ocuparse al mismo tiempo en las co-

sas exteriores; porque es preciso, que el que se aplica á la una, descuide la otra.

XVIII.

Si deseas que tus hijos, tu muger y tus amigos vivan eternamente, eres un loco; porque es querer, que las cosas que no dependen de tí, dependan, y que te pertenezca lo que es de otro. Del mismo modo serás un loco, si pretendes que tu esclavo no cometa jamás faltas; porque esto es querer, que el vicio no lo sea, sino que sea otra cosa.

XIX.

Nuestro dueño es aquel que tiene el poder de arrebatarnos lo

que queremos, y de que hagamos por fuerza lo que nos repugna. ¿Quieres ser libre? pues ni busques, ni huyas nada de lo que á otros pertenece: si no, serás necesariamente esclavo.

XX.

Acuerdate de portarte en la vida como en un festin. Si alargan un plato hácia tí, extiende la mano, y tómalo modestamente: si lo alejan, no lo retengas: si no viene por tu lado, no hagas conocer de lejos que lo deseas; sino espera con paciencia que lo arrimen. Usa de la misma moderacion con tu muger y tus hijos, con los honores y las riquezas, y serás digno entonces de ser admitido en la mesa de

los Dioses. Y si pudiendo gozar de estos biénes, los desechas y desprecias; entonces, no solo serás convidado de los Dioses, sino que partirás con ellos el soberano poder. Por este medio, Diógenes, Heráclito y sus semejantes, fueron justamente llamados hombres divinos, y lo fueron en efecto.

XXI.

Si ves á alguno afligido, y llorando la pérdida de su fortuna, la muerte, ó la ausencia de su hijo, ten cuidado de que no te engañe tu imaginacion, y vayas á creer, que este hombre es desgraciado por la privacion de estos bienes exteriores: entra al instante dentro de tí mismo, y haz esta distincion: "Esta des-

„ gracia no es la que aflige á es-
„ te hombre, supuesto que ella
„ no mueve á otro; luego es la
„ opinion que él tiene de ella
„ la que le aflige." Haz seguidamente todos tus esfuerzos para curarle de sus preocupaciones con razones sólidas; y tambien, si es necesario, no dexes de llorar con él. Pero ten cuidado que tu compasion no pase á tu alma, y que este dolor simulado no se vuelva real.

XXII.

Ten presente que estás en el mundo, como en un teatro, para representar en él el papel que el dueño te señale. Que sea corto ó sea largo, poco importa. Si aquel quiere que hagas el de po-

bre, procura representar bien este personage. Haz lo mismo, sea el que fuere el que te encargue, ya de un cojo, ya de un Príncipe, ó de un simple particular; porque á tí toca desempeñar bien el papel que te se da, y á otro el escogerlo.

XXIII.

Si el graznido de un Cuervo presagia algunas desgracias, no se turbe por eso tu imaginacion, haz al instante este razonamiento, y dí: " Ninguno de
» estos contratiempos me toca,
» si no antes á este cuerpo vil, á
» mi caudal, á mi reputacion,
» á mis hijos ó á mi muger; pe-
» ro por lo que hace á mí, no
» hay nada que no me anuncie
» mi felicidad, si yo lo quiero;

„ porque sean los que fueren los
„ sucesos , en mí está el sacar de
„ ellos un gran partido."

XXIV.

¿Quieres ser invencible? pues no te expongas jamás á un combate, en el qual no veas que has de lograr la victoria.

XXV.

Si ves á un hombre colmado de honores, ó elevado á un gran poder, ó bien distinguido con alguna otra ventaja, no te dexes deslumbrar de esas vanas apariencias, ni digas que es felíz; porque si la perfecta dicha y el reposo del espíritu consisten en las cosas que dependen de noso-

tros, los bienes extraños no deben hacernos envidiosos ni zelosos; y tú mismo no querrás ser General de Exército, Senador, ni Consul, sino libre. Ahora, solo hay un medio de serlo, y éste es el despreciar las cosas que no dependen de nosotros.

XXVI.

No olvides que la ofensa no está, ni en el insulto, ni en los golpes que recibes, sino en tu opinion. Luego, pues, que alguno exâlta tu cólera, sabe que ese hombre no es quien te irrita, sino la opinion que has formado de él. Procura, sobre todo, no turbarte con las fantasmas de tu imaginacion; porque si una vez ganas tiempo, y ob-

tienes espera, serás mas facilmente dueño de tí mismo.

XXVII.

Ten incesantemente delante de tus ojos la muerte, el destierro, y todo lo que espanta á los hombres; pero sobre todo, la muerte. Por este medio, no tendrás pensamiento alguno báxo y cobarde, y nada desearás con demasiado ardor.

XXVIII.

Si te aplicas al estúdio de la sabiduría, espera ser silvado, y burlado de la multitud, que dirá: "Este hombre se ha hecho » filósofo en un momento; ¿de » dónde le viene esa frente or-

„ gullosa?" Pero tú, procura no desplegar fausto ni fiereza; sino, aplicarte fuertemente á lo que te parezca mejor, y permanecer quieto en ello, como si fuera un puesto en que el mismo Dios te hubiera colocado. Acuerdate, además, de que si sostienes este carácter con entereza, los que habian comenzado á burlarse de tí, acabarán por admirarte: en vez de que si los bufones te hacen mudar de resolucion, les darás un nuevo motivo de ridiculizarte.

XXIX.

Si alguna vez te sucede el explayarte con franqueza, queriendo agradar á alguno, sabe que caes de tu estado. Conten-

tate, pues, con ser filósofo. Si quieres parecerlo, haz que solo sea á tus propios ojos, y esto basta.

XXX.

No perturbes tu reposo con estos vanos razonamientos: "Yo
„ viviré sin honores: no harán
„ caso alguno de mí." Porque si la privacion de los honores es un mal, ya no pende de otro, ni el hacerte felíz, ni hacerte vicioso. ¿Depende de tí el gozar del supremo poder, ó ser convidado á un festín? De ningun modo. ¿Pues en dónde está por eso la ignominia? ¿Cómo no serías nada en el mundo, tú que debes ser alguna cosa, en lo que pende de tí, y en aquello que puedes tambien valer lo que quieras?

"Pero yo no puedo socorrer ,, á mis amigos." ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué no les franquearás tu dinero, ni les obtendrás el derecho de ciudadanos de Roma? ¿Pero quién ha dicho que estos bienes dependen de nosotros, y no nos son extraños? ¿Puede darse á los otros lo que no se tiene? Juntad bienes, dicen ellos, para que tambien los tengamos nosotros. Si yo puedo enriquecerme conservando el honor, la buena fé y la magnanimidad, consiento en ello: muestrame el camino, y nada dexaré de hacer para conseguirlo; pero si exîgís que yo pierda mis verdaderos bienes para adquirir los falsos, reflexîonad quan injustos y sin razon sois. ¿Qué quereis mas, el dinero, ó un ami-

go fiel y honrado? Ayudadme mas bien á conservar estas virtudes, y no pretendais de mí cosas que me las hagan perder.

"Pero dirás todavía: yo no „ seré útil á mi patria de ningun „ modo." ¿Qué servicios puedes hacerla? Verdad es que no la darás pórticos ni baños públicos; pero ¡qué! Tampoco son los Herreros los que la surten de zapatos, ni los Zapateros los que forjan las armas. Preciso es que cada qual exerza su oficio. Pero si das á la patria un ciudadano honrado y virtuoso, ¿no la harías servicio alguno? Es cierto que no podrías hacerla otro mayor, y en tal caso no la serías inútil.

¿Qual será mi clase en el pueblo? preguntas: la que pue-

das obtener conservando costumbres puras é irreprehensibles. Pero si por servir á tu patria abandonas esas virtudes, ¿ de qué utilidad la servirás, luego que te hayas vuelto un impúdico y un pérfido?

XXXI.

Si prefieren á otro que á tí en un festín, en una visita ó en algun consejo, mira bien si estas preferencias son bienes verdaderos, y felicita á los que las han obtenido; pero si son males, ¿por qué has de sentir el que te hayan exceptuado de ellos? Acuerdate, de que no haciendo nada para merecer estas distinciones, que no dependen de nosotros, no tienes derecho alguno á ellas.

Del mismo modo que aquel que jamás va á la puerta de los grandes: que no los acompaña quando salen, y que no los lisongea: que no puede ni debe esperar el ser tratado tan bien como aquel que diariamente les hace la corte: que se halla siempre al paso, y que sin cesar los alaba. Tú eres injusto é insaciable, si quieres obtener estos favores sin comprarlos por su justo precio.

¿Quanto cuestan las lechugas en el mercado? Un quarto, por exemplo. Si alguno da este quarto, y se las lleva; tú, que nada ofreces, ¿creerás tener menos que aquel á quien las vendieron por su dinero? Si él tiene sus lechugas, tú tambien tienes tu quarto. Lo mismo sucede con todos esos honores. No te han convi-

dado á un festín; pero tampoco has pagado al dueño de él el precio á que lo vende: este precio es una adulacion, una complacencia y una sumision. Si la cosa te conviene, págala; porque querer obtenerla sin gasto alguno, es ser injusto é insaciable. Por otra parte, ¿no tienes que substituírle á ese festín? Tú tienes ciertamente algo que le es preferible, y es, el no haber lisongeado al que no hallabas digno de ello, y el no haber sufrido el estár á su puerta aguantando su orgullo y sus desdenes.

XXXII.

Bien podemos conocer la intencion de la naturaleza por los sentimientos que inspira á todos

los hombres en lo que no les interesa personalmente. Por exemplo, quando el esclavo de tu vecino há roto un vaso ú otra cosa, no dexas de decirle, que eso es una cosa que sucede muy á menudo, solo por consolarlo. Muestra, pues, la misma tranquilidad, si al tuyo le sucede lo mismo.

Apliquemos esta máxîma á objetos mas serios. Si alguno pierde la muger ó el hijo, no hay nadie que no le diga, que esa es la suerte de la humanidad; pero si nosotros nos hallamos en el mismo caso, nos desesperamos, y gritamos al instante: "¡Ah! » y quan desgraciado soy!" Entonces era preciso acordarse de la sangre fria con que oímos el que á otro le habia sucedido el propio accidente.

XXXIII.

Como jamás nos proponemos tal ó tal cosa para que nos salga mal: del mismo modo la naturaleza del mal no exîste en el mundo.

XXXIV.

Si alguno entregára tu cuerpo á la discrecion del primero que llegára, te indignarías sin duda; pero no te avergüenzas de abandonar tu alma, permitiendo al primero que llega, y te llena de injurias, que la turbe y la aflija á su gusto.

XXXV.

Nada hagas sin considerar

primero lo que debe preceder, y lo que debe seguirse á la accion que proyectas. Si refrenas esta regla, empezarás alegremente tu empresa, porque no habrás previsto sus resultas; pero viendo al fin quanto tiene de vergonzoso, te llenarás de confusion.

XXXVI.

Tú quisieras lograr la victoria en los juegos olímpicos, y yo tambien, por cierto, porque nada hay mas glorioso. Pero exâmina bien antes lo que precede, y sigue á una empresa semejante; y piensa en ella despues de este exâmen. Desde luego es preciso que te sujetes á una regla severa, esto es, no comer sino por necesidad: abstenerte de to-

da delicadeza : hacer los exercicios aunque con disgusto, y á las horas señaladas en invierno y verano : no beber jamás frio, ni vino tampoco, á menos que no te lo manden : en una palabra, someterte sin reserva al maestro de los exercicios, como á un Médico. Despues te será preciso baxar á la palestra, y allí, puede ser te rompas un brazo, te disloques un pie, tragues mucho polvo, seas aporreado, y despues de todo esto, correr el riesgo de ser vencido.

Si has hecho todas estas reflexîones, sé atléta si tú quieres. Pero sin esta precaucion, harás lo que los muchachos, que, en sus juegos, remedan unos despues de otros á los que luchan, á los tocadores de flauta, á los

gladiatores, que tan presto suenan la trompeta, y un instante despues representan tragedias. Lo mismo sucederá contigo: tú serás succesivamente atléta, gladiator, orador y filósofo; y en el fondo del alma no serás nada. Tú imitarás, como un mono, todo lo que veas hacer á los otros, y todos los objetos te agradarán á la vez, porque no has emprehendido nada despues de un maduro exâmen, sino temerariamente, y arrastrado de la ligereza de tu juicio y de tus deseos. De este modo, algunas gentes, al ver á un filósofo, ú oyendo decir á otros: "¡Qué bien habla
» Eufrates! ¡Quién puede ra-
» ciocinar, y explicarse con mas
» fuerza y mas sentido!" Forman al instante el proyecto de

hacerse sabios ellos mismos.

XXXVII.

¡Ó hombre! considera desde luego lo que intentas emprehender; exâmina despues tu naturaleza, para ver si la carga que te impones es proporcionada á tus fuerzas. Si quieres ser combatiente ó luchar, mira antes tus brazos y tus muslos, y ensaya la fortaleza de tus riñones; porque no hemos nacido todos para las mismas cosas. ¿Piensas que abrazando la profesion de filósofo podrás comer, beber, y vivir con la delicadeza que lo hacias? Es necesario velar, trabajar, separarse de los parientes y amigos, y sufrir los desprecios de una esclavitud: es preciso espe-

rar toda suerte de humillaciones, olvidar la prosecucion de los honores, de los empleos en los tribunales ; en una palabra , todos los negocios. Considera atentamente todo esto , y ve si quieres comprar á este precio la tranquilidad del alma , la libertad y la constancia : si no , ten cuidado de no ser á todo momento , como los muchachos , hoy un filósofo , mañana partidario , seguidamente rector , y despues Intendente del Príncipe. Estas cosas no concuerdan. Es menester resolverte á no ser sino un solo hombre , bueno ó malo. Es preciso que cultives tu entendimiento , perfecciones tu razon , ó te ocupes unicamente de tu cuerpo. Es indispensable que trabajes para adquirir los bienes interiores ó exteriores ; es

decir, que es preciso sostengas el carácter de filósofo, ó el de un hombre ordinario.

XXXVIII.

Todos los deberes se miden generalmente por las relaciones que unen á todos los hombres entre sí. ¿Es tu padre? pues debes cuidarle, cederle en todo, sufrir sus reprimendas y sus malos tratamientos. ¡Pero este padre, es malo! ¿Qué importa? ¿Te habia ligado la naturaleza necesariamente á un buen padre? No: pero á un padre, sí. Si tu hermano te ha hecho una injusticia, cumple tus deberes con él, y no pienses en lo que ha hecho, sino en lo que debes hacer, y en lo que la naturaleza

exîge de tí. En efecto, nadie puede ofenderte como tú no quieras; y no serás herido verdaderamente, sino quando pienses que lo estás. Sigue esta regla: ten siempre delante de los ojos las relaciones mútuas establecidas entre los hombres, y conocerás facilmente los deberes de un vecino, de un ciudadano, y de un General.

XXXIX.

Sabe que el principal fundamento de la religion es el tener ideas sanas y razonables de los dioses; el creer que exîsten y gobiernan el mundo con tanta justicia como sabiduría; el persuadirse á que debes obedecerlos, y someterte sin murmurar

á los accidentes que ocurran, como producidos por una inteligencia infinitamente sábia. Con esta opinion de los dioses, jamás podrás quejarte de ellos, ni acusarlos de indolentes hácia tí.

Pero solo hay un medio de llegar á este punto, y es el renunciar todas las cosas, sobre las quales no tienes poder alguno, y no colocar tu felicidad ó tu desgracia sino en lo que está en tu mano; porque si tomas por un bien ó por un mal algunas cosas extrañas, es preciso necesariamente, que al verte burlado en lo que deseas, ó afligido de los males que temes, vengan á serte los autores de tus infortunios, el objeto de tu aversion y de tus quejas.

En efecto, la naturaleza ins-

pira á todos los animales la separacion y el aborrecimiento á lo que le parece dañoso, y en general á todas las causas maléficas; y el mismo instinto los lleva, por el contrario, hácia aquello que les es útil, y tambien á amar las causas de sus sensaciones agradables. Es imposible al que cree haber recibido algun daño, el mirar á su autor con gusto; porque no puede uno alegrarse del mal que experimenta: tal es el motivo de las reconvenciones que un hijo hace á su padre quando éste le niega lo que pasa por bueno; y de aquí provino la guerra cruel de Eteoclo y Polinice, que se degollaron por haber mirado el uno y otro el trono como un gran bien; y de aquí, en fin,

se han originado tantas murmuraciones contra la providencia de parte del Labrador, del Piloto, del Mercader, y del esposo que acaba de perder á su esposa ó á sus hijos; porque la devocion hácia los dioses, se mide por el bien que hacen; y así, todo hombre que cuida de arreglar sus deseos y sus aversiones, segun las máxîmas prescritas, trabaja al mismo tiempo en hacerse piadoso.

En quanto á las libaciones, á los sacrificios y á las primicias que se acostumbra ofrecer á los dioses, cada uno debe seguir sobre este punto la costumbre de su país, y presentarlas con pureza, sin hipocresía, sin negligencia, sin avaricia; pero tambien, sin suntuosidad que exceda sus propios medios.

X L.

Quando vas á consultar el oráculo, ignoras lo que debe suceder, y vas á saberlo. Pero si fueras filósofo, sabrías sin su socorro qual sería el suceso: si es una de aquellas cosas que no están en nuestro poder, no puede ser para tí, ni un bien, ni un mal. No lleves, pues, ni manifiestes tampoco al adivino, ni repugnancia, ni deseo; porque entonces te llegarías á él temblando: persuadete por el contrario á que quanto pueda suceder es indiferente, que no te toca, y que sea de la naturaleza que fuere, en tu mano estará el hacer de ello un buen uso, sin que nadie pueda estorvartelo. Presentate, pues, con con-

fianza delante de los dioses, como si fueras á pedirles consejo. Luego que hayan hablado, ó pronunciado sus oráculos, piensa en la dignidad de aquellos que acabas de tomar por guias, y cuya autoridad despreciarás si no los obedeces.

No obstante, no vayas á consultar el adivino, sino segun las advertencias de Sócrates; esto es: sobre las cosas que no pueden congeturarse ni preveerse, ni con la razon, ni con las reglas de ningun arte. Si se trata, por exemplo, de exponerte al peligro para defender al amigo ó á la patria, es inútil preguntar al oráculo, qual sea el partido que debas tomar en semejantes circunstancias; porque si el adivino te declarára que leía en las en-

trañas de las víctimas alguna cosa funesta, cierto es que esta señal te anunciaría, ó la muerte, la pérdida de algun miembro, ó el destierro; pero la recta razon, de acuerdo con los dioses, no dexaría de prescribirte el sacrificar tus dias para salvar tu patria ó tu amigo. Cree entonces á un adivino mas ilustrado; éste es Apolo Piciano, que arrojó de su templo al que vió degollar á su amigo sin socorrerlo.

XLI.

Prescribete desde ahora una regla cierta, y un carácter constante que te sirva de ley, y de la qual no te apartes jamás, sea en medio de la sociedad, ó sea quando estés solo contigo mismo.

XLII.

Calla con freqüencia ; no digas sino las cosas necesarias , y siempre en pocas palabras. Nosotros hablariamos rara vez , si no hablasemos sino quando los tiempos y las circunstancias lo exîgiesen. No nos ocupariamos jamás en cosas frívolas : no hablariamos , ni de combates de gladiatores , ni de juegos del círculo , ni de los atlétas , ni de la qualidad de los manjares , ni de los vinos , que son las cosas que ordinariamente dan pábulo á las conversaciones. Pero guardemonos , sobre todo , de hablar de los hombres, ya sea para desacreditarlos , ya para alabarlos , ó ya para hacer comparaciones entre ellos.

XLIII.

Si está en tu mano, procura hacer con tus discursos que la conversacion de tus amigos recayga siempre sobre qüestiones útiles y convenientes; y si estás, ó te hallas con extrangeros é indiferentes, calla.

XLIV.

No rias mucho, ni con freqüencia, ni con exceso.

XLV.

Reusa, si puedes, el jurar por lo que quiera que sea; ó á lo menos, jurar muy rara vez.

XLVI.

Evita el comer fuera de tu casa; y huye sobre todo de los públicos festines. Si absolutamente no puedes excusarte de ello, dobla entonces la atencion sobre tí mismo, no sea que insensiblemente contraygas las costumbres del pueblo. Porque si el uno de los convidados es impuro, y estás junto á él, te expones á serlo tú necesariamente, aunque jamás lo hayas sido.

XLVII.

No uses de las cosas necesarias al cuerpo, como el beber, el comer, el vestirse y alojarse, y el tener criados, sino en quan-

to lo exîge la simple necesidad; y pon límites á todo lo que no sirve sino de ostentacion y regalo.

XLVIII.

Abstente, en quanto sea posible, de los placeres del amor, antes de casarte: si los disfrutas, que sea segun la ley. Pero no juzgues con demasiada severidad á aquellos que sobre este punto tienen principios menos severos; no los reprehendas agriamente, y no publíques, ni te alabes á todo momento de tu continencia.

XLIX.

Si te cuentan que han hablado mal de tí, no te entretengas en justificarte, y responde

solamente: "Ese tal no ha co-
" nocido mis demas defectos, por-
" que entonces habria hablado
" mucho peor de mí."

L.

No hay necesidad de ir con freqüencia á los teatros; pero quando se presenta la ocasion de parecer en él, no favorezcas á ningun partido, y no trates de agradar á otro que á tí solo; esto es: no desees que suceda, sino lo que suceda, y queda gustoso con que la victoria la obtenga el vencedor; por este medio esperarás el suceso con tranquilidad.

Evita sobre todo el tomar parte en las aclamaciones, en las risas, y en los grandes movimien-

tos de los espectadores del teatro; porque nada de todo esto es capaz de hacerte mejor; y se concluirá de ello, que el espectáculo ha sido el que solo ha llamado tu admiracion.

L I.

No vayas á las lecturas públicas de los poétas y oradores, y no te dexes arrastrar á ellas ligeramente. Pero si asistes, conserva la decencia y la gravedad, sin ofender con ninguna señal de displicencia al que te ha convidado.

L I I.

Quando tengas que tratar algun negocio con alguno de los principales de la villa, represen-

tate lo que en tu lugar habria hecho Sócrates ó Zenón. Siguiendo iguales modelos, no harás nada que no sea razonable, y tu imaginacion no tendrá que temer un extravío.

LIII.

Si vas á hacer la corte á algun hombre poderoso, imaginate que no lo encontrarás en casa, que se ocultará, que hallarás la puerta cerrada, ó que no te recibirá sino con un desdén insultante. Despues de todas estas reflexîones, si allí te llama la obligacion, sufre estas humillaciones, y no digas que el objeto no valia la pena; porque este es el lenguage del pueblo, y de aquellos sobre los quales las co-

sas exteriores tienen demasiado poder é imperio.

LIV.

En las conversaciones que tengas con tus amigos, guardate de hablar contínuamente de tus expediciones, ó de los peligros en que te has hallado; porque si para tí es un placer el referirlos, no lo es para los que lo oyen.

LV.

Evita tambien el hacerte el chancero y el bufón; porque el paso es resbaladizo, y correrás el riesgo de contraer insensiblemente las costumbres del pueblo, y de perder la estimacion de tus amigos.

LVI.

Igualmente es peligroso el tener discursos obscenos. Si asistes á alguna de esas conversaciones, y la ocasion es favorable, reprehende con vigor al que se toma la libertad de propalar semejantes indecentes propósitos; ó á lo menos, hazle conocer tu disgusto con tu silencio, con la vergüenza de tu rostro, y con la severidad de tu porte.

LVII.

Si á tu imaginacion se le ofrece alguna idea voluptuosa, contente, como sobre todos los demas objetos, por miedo de que esta idea no te arrastre. No ce-

das desde luego al impulso del deseo, y tómate alguna espera. Compara seguidamente los dos instantes, el del goce y el del arrepentimiento, y remordimientos que le seguirán; y no olvides sobre todo la satisfaccion interior que te espera, ni las alabanzas que te darás á tí mismo si resistes.

Quando habrás asegurado el momento en que puedes gozar, ten cuidado de no dexarte vencer del atractivo, ni de las delicias del deleyte: oponles el placer, mayor todavía, de conseguir esta victoria de tí mismo, y de poder darte este testimonio.

LVIII.

No temas el ser visto quan-

do practiques una accion que juzgues conveniente, aunque suceda que el pueblo la dé una interpretacion maligna; porque si esta accion es mala, no la hagas; y si es buena, ¿qué te importa la desaprobacion de aquellos que te condenan injustamente?

LIX.

Estas proposiciones, ahora es dia, ahora es noche, son muy verdaderas separadamente; pero son falsas si se ponen juntas: del mismo modo en un festín, aquel que se apodera de todo lo mejor que sirven, exclusivamente, hace una cosa muy útil para su cuerpo; pero muy mala y muy grosera, si se considera la comunidad, y la igualdad que deben

subsistir entre los convidados. Luego, pues, que estés en la mesa de alguno, acuerdate, no solamente de no ocuparte en la qualidad de los manjares que se sirvan, y que exciten tu apetito, sino de no separarte del respeto que debes tener al dueño del festín.

LX.

Si representas un papel superior á tus fuerzas, lo executarás mal, abandonando al mismo tiempo el que podrías hacer con aplauso y distincion.

LXI.

Así como evitas con gran cuidado quando te paseas, el no poner el pie sobre un clavo, ni

torcerte una pierna, así debes evitar tambien, en el uso de la vida, el lastimar aquella parte noble de tu alma, que debe ser la regla de tu conducta. Si observas este precepto en todas tus acciones, el resultado será muy seguro.

LXII.

Las necesidades físicas deben ser para cada uno la regla de sus riquezas, así como el pie lo es del zapato. En encerrandote en estos límites, conseguirás siempre el justo medio: si los traspasas, serás arrastrado al desórden como á un precipicio. Lo mismo sucederá con los zapatos, si exceden la medida de tu pie; tú querrás desde luego zapatos dorados, seguidamente de púrpu-

ra, y al fin bordados; porque no hay límite para aquel que llegó una vez á exceder el de lo necesario.

LXIII.

Apenas llegan las niñas á catorce años, y ya empiezan los hombres á llamarlas sus cortejos: ellas juzgan por esto que son destinadas únicamente á sus placeres; desde entonces comienzan á componerse, y ponen todas sus esperanzas en sus adornos. Pero es menester hacerlas comprehender, que no pueden agradar, y hacerse respetar, sino con la sabiduría, el pudór y la modestia.

LXIV.

Una señal cierta de estupidéz, es la de ocuparse mucho del cuerpo, de exercitarlo mucho, de beber mucho, de comer mucho, y el emplear mucho tiempo en los placeres del otro sexô, así como en las demas necesidades corporales. Todas estas funciones no deben practicarse sino de paso; y en cultivar nuestro entendimiento, es en lo que debemos emplear el tiempo y todos nuestros cuidados.

LXV.

Si alguno te hace mal, ó dice mal de tí, acuerdate de que se ve obligado á ello, porque así

lo cree, y de que no es posible que él se aparte de su parecer, por seguir el tuyo. Si juzga mal, á él solo hace mal, así como él es el solo engañado; porque si qualquiera acusa de falsedad á un buen silogismo, el silogismo no es quien sufre, sino el que hizo un razonamiento falso. Si sabes aplicar esta regla, soportarás con paciencia á todos aquellos que hablen mal de tí; porque á cada injuria que recibas, dirás: "Este hombre cree tener „ razon."

LXVI.

Cada cosa tiene dos asas; la una que la hace facil de llevarse, y la otra muy dificil. Si tu hermano te hace una injusticia, no vayas á considerar la injusticia

solamente, porque este es el mal lado, sino, piensa mas bien que es tu hermano, y que os habeis criado juntos. Si miras su proceder báxo, este punto de vista tú lo hallarás soportable.

LXVII.

Mal razonamiento es decir: yo soy mas rico que tú, luego soy mejor: yo soy mas eloqüente, luego soy mas virtuoso. Pero este consiguiente es bien sacado: yo soy mas rico que tú, luego mis riquezas sobrepujan á las tuyas: yo soy mas eloqüente, luego mis discursos valen mas que los tuyos. Mas tú no eres, ni discursos, ni riquezas.

LXVIII.

Si alguno se baña temprano, no digas que hace mal de bañarse, sino que se baña temprano: si otro bebe mucho vino, no digas que hace mal en beber, sino que bebe mucho; porque antes de conocer el motivo que les hace obrar así, ¿cómo puedes saber que hacen mal? En juzgando de este modo, siempre estás expuesto á ver una cosa, y juzgar sobre otra.

LXIX.

Jamás digas que eres filósofo, ni publiques bellas máxîmas delante de los ignorantes, sino practíca lo que estas máxîmas

prescriben. En un festín, por exemplo, no digas cómo debe comerse, sino, come como se debe. Acuerdate de quan lejos estaba Sócrates de toda ostentacion. Los jóvenes iban á suplicarle los recomendáse á otros filósofos, y él mismo los llevaba, sin quejarse del poco caso que hacian de su persona.

LXX.

Si se agita delante de los ignorantes alguna qüestion de filosofía, observa el mas profundo silencio; porque hay mucho peligro en desechar con prontitud lo que no se ha digerido bien. Luego que alguno diga que no sabes nada; si escuchas esta injuria ó reconvencion sin alterarte,

sabe que desde aquel punto comienzas á hacer progresos en el estúdio de la sabiduría; porque las ovejas no van á enseñar á su Pastor la yerva que han comido; pero despues de habersela apropiado por una buena digestion, ellas dan lana y leche. Siguiendo esta regla, no hagas una vana ostentacion de tu saber delante de los ignorantes, sino, prueba con tus acciones el buen uso que has sabido hacer de los preceptos de la filosofía.

LXXI.

Si has arreglado bien tus deseos y tus apetitos, no tengas por eso vanidad alguna: si solo bebes agua, no digas á cada paso que solo bebes agua. ¡Mira

quantas ventajas te llevan los pobres en su frugalidad, y en la dureza con que tratan sus cuerpos! Si quieres exercitarte en el trabajo y en la pobreza para tí, y no para los otros, no abraces las estatuas; pero si te hallas atormentado de una sed ardiente, toma agua fresca, y vuelvela á arrojar sin tragarla, y no se lo digas á nadie.

LXXII.

El estado y carácter del ignorante es, no esperar jamás de él mismo su bien ó su mal, sino de las cosas que están fuera de su poder; y el estado y el carácter del filósofo, el esperar de sí mismo todo su bien y todo su mal.

LXXIII.

Señales por las quales se conoce que un hombre hace progresos en el estúdio de la sabiduría: un tal, no vitupera ni alaba á nadie: no se queja, ni acusa á nadie: no habla de sí, como si fuera un hombre importante, ó que sabe alguna cosa: si encuentra algun obstáculo que retarda, ó impide la execucion de sus proyectos, á nadie culpa sino á sí mismo: si alguno le alaba, se burla secretamente de este adulador: si lo reprehenden, no se disculpa; antes bien, se exâmina y observa como un convaleciente, por miedo de interrumpir el principio de la curacion, antes que su salud

se halle enteramente restablecida: él es el dueño absoluto de sus deseos : no tiene aversion sino á lo que es contrario á la naturaleza de las cosas que penden de nosotros : nada desea con demasiada vehemencia : si le tratan de estúpido é ignorante , no se incomoda por eso ; en fin , él desconfia de sí mismo , como de un enemigo, y de un hombre que le arma lazos sin cesar.

LXXIV.

Si alguno se alaba de entender y de explicar las obras de Crisipo , dí para tí : Si Crisipo hubiera escrito con menos obscuridad , este hombre no tendría por conseqüencia de qué gloriarse. Pero yo , ¿qué es lo que pienso? co-

nocer la naturaleza, y seguirla. Pregunto, pues, ¿qual es su mejor intérprete? Dicenme, que Crisipo. Yo lo compro, pero no lo entiendo: entonces busco quien me lo explíque. ¿En todo esto no hay un gran mérito? Quando he hallado este intérprete, me resta el poner en práctica los preceptos del filósofo: esta es la sola cosa de que pueden alabarme; porque si me contento con admirar la explicacion de los libros de Crisipo, no soy sino un simple gramático, y no un filósofo; con la sola diferencia, de que explíco á Crisipo en vez de Homero. Luego, pues, que alguno me propone el explicarme á Crisipo, me cuesta mas vergüenza el no manifestar acciones conformes á sus preceptos, que

el no entender sus escritos.

LXXV.

Sé fiel á estas máxîmas, y observalas como leyes que no puedes violar sin impiedad. No te se dé nada de quanto puedan decir acerca de tu persona, porque esto no pende de tí.

LXXVI.

¿Hasta quando diferirás el poner en práctica estas grandes lecciones, y el obedecer en todo á la voz de la razon? Acabas de oír las máxîmas que deben arreglar tu vida, y las has prestado tu consentimiento; ¿pues qué nuevo maestro esperas todavía para dar principio á la re-

forma de tus costumbres? Ya no eres un niño, sino un hombre hecho. Si persistes en la inaccion y en la indolencia: si de un dia en otro vas dexando el cuidado de corregirte: si añades detenciones á detenciones, y resoluciones á resoluciones sin efecto, vivirás y morirás como un ignorante, sin conocer que ningun progreso has hecho en el estúdio de la sabiduría.

Comienza, pues, desde hoy á vivir como un hombre que aspira á la perfeccion, y que ha dado ya algunos pasos en la carrera. Que todo lo que te parezca muy hermoso y muy bueno, sea para tí una ley inviolable. Si el dolor ó el deleyte, la gloría ó la infamia te se presentan, acuerdate de que aquel es el mo-

mento del combate: que la barrera se abre: que los juegos olímpicos te llaman: que ya no es tiempo de volverse atrás; en fin, que tu adelantamiento ó tu ruina dependen de la ganancia ó de la pérdida de la victoria. De este modo llegó Sócrates á aquel alto grado de sabiduría, en donde se le ha visto adelantar siempre hácia este objeto, sin perder ni un solo paso, ni escuchar tampoco sino á la recta razon. Por lo que hace á tí, aunque no seas todavía un Sócrates, debes vivir sin embargo, como si lo tuvieras por modelo.

LXXVII.

La primera y mas necesaria parte de la filosofía, es la que

trata de la práctica de los preceptos; por exemplo, de la obligacion de no mentir. La segunda tiene por objeto las demostraciones, es decir, las razones por las quales no debe mentirse. La tercera dá la prueba de estas demostraciones, y determina su naturaleza; como por exemplo, lo que hace su fuerza y su certidumbre: lo que es demostracion, conseqüencia, oposicion, verdad y falsedad. Esta tercera parte es necesaria para la segunda, y la segunda para la primera; pero la primera es la mas necesaria de todas, y en la que se debe parar mas. Nosotros trastornamos este órden, y nos paramos mas en la tercera: ella sola consume nuestro tiempo y nuestros cuidados, y abandonamos ente-

ramente la primera : mentimos sin escrupulo ; pero siempre estamos prontos á probar con sólidas razones , que no debe mentirse.

LXXVIII.

Ten siempre presente en la memoria esta plegaria : "¡Gran
» Júpiter, y tú , poderoso desti-
» no , conduceme en todo aque-
» llo que has resuelto en tus decre-
» tos que yo deba hacer : pron-
» to estoy á seguirte constante-
» mente ; en efecto , aun quando
» me obstinára en resistirte , se-
» ría siempre necesario el seguir-
» te á pesar mio."

Acuerdate además, de que "el que cede á la necesidad , es
» verdaderamente sabio y hábil
» en el conocimiento de los de-

„ cretos de los dioses."

En fin, dí con Sócrates: Caro Critón, "si los dioses lo han „ querido así, cumplase su vo- „ luntad: Ánito y Mélito pue- „ den muy bien hacerme morir; „ pero no sabrán hacerme mal."

FIN.

VIDA
DE TEOFRASTO.

Si los talentos ó habilidades que pertenecen al entendimiento pueden ser sofocados por la desgracia, y recibir grandes socorros de las ventajas de la fortuna; tambien es bien dificil, en el seno de las riquezas, el preferir desvelos laboriosos al dulce reposo de la molicie. Por esta razon se ha observado en todos tiempos, que el hombre que debe elevarse algun dia sobre los otros por las producciones de su ingenio, nace ordinariamente en·aquel estado de

desgracia ó mediocridad, que impone la necesidad del trabajo.

Es cierto que en esta penosa situacion, el hombre báxo y desidioso no dexa la inaccion sino obligado por las necesidades físicas que le urgen; pero si noble y esforzado fué arrojado por la suerte á las últimas clases de la sociedad, se indigna del desprecio de la turba brillante á quien la casualidad del nacimiento, ó los favores de la fortuna, ha ensoberbecido, y se eleva por efecto de su ingenio sobre todas las clases, y se venga así por la admiracion que inspira de su injusta extraccion.

De este modo Teofrasto osó luchar contra los rigores de la suerte. Nació en una clase comun: Melánto, su padre, era

un simple Batanadór: su patria fué Erésa, en la Isla de Lesbos.

Los vecinos de este jóven, que la Grecia debia admirar algun dia, le creían condenado para siempre á seguir la obscura industria de su padre. Pero, por fortuna, un cierto Alcippo, ó Leucippio (1), daba en Erésa lecciones de filosofía, y recibió al jóven Teofrasto en el número de sus discípulos.

No podia éste permanecer largo tiempo en esta escuela po-

---

(1) Leucippio de Abdera fué el autor de los principios desenvueltos despues por Domócrito, su discípulo, y por Epicuro. Pero el Leucippio, de que aquí se trata, era de esta misma Villa de Erésa, en donde tenia escuela.

co floreciente , quando en la Grecia entera resonaba la gloria de Platón. De todas partes venian las gentes á escuchar las lecciones de este eloqüente filósofo : su ardiente imaginacion inflamaba todos los espíritus : los fieros tiranos de la Sicilia , demasiado corrompidos para gustar de sus principios , querian á lo menos contarle entre el número de sus cortesanos , y el jóven Teofrasto se creyó digno de escucharlo.

Se embarcó , llegó á Athenas , fué recibido en la Académia , y siguió largo tiempo al brillante discípulo de Sócrates ; pero le dexó por Aristóteles , luego que este ingenio ambicioso, cansado de no ser célebre sino por los principios de su maestro, emprehendió levantar escuela con-

tra escuela, y doctrina contra doctrina.

Nuestro jóven filósofo habia tenido hasta entonces el nombre de Tirtame; pero este nombre poco sonoro, hería el oído delicado de su nuevo maestro: Aristóteles le dió el de Teofrasto (1), por el qual daba una especie de homenage á la divina eloqüencia de su discípulo.

No obstante, la religion de los Griegos, traída por las Colonias egipcias y fenicias, que los habia civilizado, alterada á la vez, y hermoseada por las invenciones ingeniosas de sus pro-

---

(1) Teofrasto, que tiene un lenguage divino, una divina eloqüencia.

pios poétas, y embarazada de estúpidos errores del vulgo, estaba herizada de todo género de supersticiones. Pero estas supersticiones, ridículas á los ojos de los sabios, eran amadas de sus Sacerdotes y de sus encargados de las víctimas, á los quales enriquecian; y del pueblo, que gusta mas bien de ser seducido, que no ilustrado. Sospechaban que Aristóteles no creía la eficacia de los sacrificios; los devotos, y sobre todo, los hipócritas se preparaban á intentar contra él una acusacion de impiedad; él buscó, contra sus enemigos, un retiro en Chalcis, en la Isla de Eubéa; queriendo, decia, ahorrar á los Atenienses un nuevo crimen contra la filosofía.

Ninguno de sus discípulos

manifestaba los mismos talentos que Teofrasto ; y así fué á éste á quien dexó por su partida á la cabeza de su escuela, 322 años antes de nuestra era.

Báxo de un tal maestro , el Peripatetismo no podia degenerar. Teofrasto reunió mas de dos mil discípulos , y no se desdeñó de hacer partícipe de sus lecciones á Pompilio , uno de sus esclavos , persuadido á que los frutos de la sabiduría deben prodigarse á todos aquellos que son capaces de apreciarlos.

De este modo salió de su escuela Menandro , el autor mas célebre de la nueva comedia , é hizo ver sobre el teatro la pureza del estílo , la honestidad de las costumbres , y la filosofía que habia sacado de las lecciones de

su maestro. El tiempo nos ha privado de la lectura de sus obras; pero algunas de sus sábias máxîmas, de las quales estaba penetrado, han llegado hasta nosotros.

¡Ó dias felices, aquellos en los quales el hombre ocioso no va al teatro sino por agradar á su displicencia, y vuelve instruído en las máxîmas mas provechosas de sabiduría!

Si de Teofrasto no conociéramos sino escritos, dudariamos todavía si debiamos colocarle entre los verdaderos filósofos. Especulaciones justas, profundas, ingeniosas, superiores á los conceptos vulgares, constituyen el talento, y no la filosofía. Ésta consiste en la práctica de la virtud; pero de aquella virtud es-

clarecida por la razon. Teofrasto lo sabía; y así no se distinguió menos por la dulzura de sus costumbres, y por su carácter humano y bienhechor, que por sus luces y su eloqüencia.

El amor de sus conciudadanos fué la recompensa de sus virtudes: la admiracion de los extrangeros, y la estimacion de los Reyes, fueron el homenage que obtuvieron sus talentos. Él se vió honrado de Casandro, hijo de Antipater, y Rey de Macedonia: Toloméo, Rey de Egipto, intentó llevarle junto á sí. El sabio, si es hombre privado, no consume su vida en viages; pero es reconocido á la estimacion de los Príncipes, porque ésta, prueba en ellos calidades que pueden ser útiles á sus naciones.

Los amigos de la sabiduría pueden reconocer, por el exemplo de Teofrasto, quan grande es su imprudencia quando desdeñan la estimacion del pueblo, que afectan freqüentemente despreciar. Un cierto Agnonides no temió acusar á nuestro sabio de impiedad; pero solo consiguió hacer caer sobre sí la indignacion de los ciudadanos, y le costó no poco trabajo el evitar su propia proscripcion.

Tanto amor, sin embargo, no pudo asegurar el reposo á Teofrasto. Sofocles, hijo de Anficlides, traxo una ley (306 años antes de la era vulgar) que prohibia, báxo pena de muerte, á todo filósofo de tener escuela, sin estar autorizado por un decreto del Senado y del pueblo. Sin

duda lograba aquel un gran credito para dudar, que semejante cláusula fuese inútil, y que el decreto pudiera obtenerse. Todos los filósofos salieron de Athenas; pero su destierro no duró mucho. Sofocles fué acusado á su vez el año siguiente, y condenado á pagar una multa crecida. Los filósofos fueron llamados, y Teofrasto obtuvo el permiso de volver á abrir su escuela.

Bastantes gentes, porque su entendimiento es corto, creen que la inteligencia de un solo hombre no puede extenderse sino á un solo objeto. No pensaba así el amable y sabio succesor de Aristóteles, porque hallaba en su contínua aplicacion, en la vasta extension de su ingenio, en

la limpieza de sus ideas, en la viveza de sus conceptos; y en fin, en la larga duracion de su vida, el medio de seguir con fruto todo género de estudios; y así dexó un gran número de obras sobre materias de lógica, de física, de metafisica, de moral, de geometría, de fisiología, de política, de historia natural, de medicina, de literatura, de poética, de retórica, de música, de gramática; y no tuvo á menos el escribir tambien dos libros sobre el amor.

Diógenes Laercio nos ha conservado los títulos de sus obras, las quales componian mas de 400 volúmenes.

"Dicese que Teofrasto, pró-
» xîmo á morir, acusaba á la na-
» turaleza de haber prodigado á

„ los Ciervos y á las Cornejas
„ una larga vida, la qual les era
„ inútil, y de no haber conce-
„ dido á los hombres sino un
„ corto número de años; á aque-
„ llos, que si sus dias fueran mas
„ largos, podrian penetrar todas
„ las ciencias, y conducir las ar-
„ tes á su perfeccion."

Pero este pensamiento no es justo, ni propio de un discípulo de Aristóteles. Debió aprender de su maestro lo que las observaciones modernas han confirmado; esto es, que de todos los animales, excepto el Elefante, es el hombre el que goza de mas larga vida.

Los Griegos confirmaron el juicio de Aristóteles, y miraron la eloqüencia de Teofrasto como divina. Ciceron le llama el mas ele-

gante y mas sabio de los filósofos.

Séneca, que le era un poco menos favorable ú afecto, y que no quería admitir la divinidad de su eloqüencia, le concedia, no obstante, una elocucion dulce, clara, y producida sin trabajo.

Un rasgo de su vida nos hace conocer la delicadeza del oído ateniense. Él fué jóven á Athenas, y quasi no salió de allí, y así la elegancia de su diccion le habia procurado la general aceptacion; sin embargo, no habia podido contraer toda la finura de la pronunciacion ática.

Un dia que regateaba con una vendedora una cosa que queria comprar, le dixo aquella: "Ex- » trangero, no la puedo dar me- » nos:" Ella conoció en el acen-

to de Teofrasto, que no era ateniense, y esta observacion causó cierto disgusto al filósofo.

Segun Diógenes Laercio, Teofrasto murió de 85 años; pero los manuscritos de sus caractéres dicen los escribió á la edad de 99. De un pasage de S. Gerónimo se infiere, que falleció á los 107. Es verdad que el Santo parece habla de un Temístocles; pero como le hace decir al fallecer, poco mas ó menos, las mismas palabras que atribuye Ciceron á Teofrasto, se cree que sea este mismo de quien se trató, y que su nombre ha variado por la ignorancia ó negligencia de los copiantes. Lo que puede inspirar alguna desconfianza es, que varios escritores han conservado los nombres de los filósofos,

de vida extraordinariamente larga, y entre ellos no se hace mencion de Teofrasto. Gocemos de lo poco que nos queda de sus escritos; porque, ¿qué nos importa presentemente la edad que tenia quando los compuso, y el tiempo en que falleció?

NOTA.

No se incluyen aquí los caractéres de Teofrasto, por hallarse ya traducidos al castellano, con arreglo al texto griego, de órden del Supremo Consejo de Castilla, por D. Ignacio Lopez de Ayala.

PENSAMIENTOS MORALES DE TEOFRASTO,

conservados por Diógenes Laercio, y por Stobéo.

I.

Mas seguro es entregarse á un caballo sin freno, que á discursos imprudentes y desordenados.

II.

Apenas empezamos á vivir, quando morimos.

III.

Amenudo desechamos con

desden las mas grandes dulzuras de la vida, por ir tras un humo bien vano de gloria.

IV.

Ó abandona enteramente el estúdio de la sabiduría, porque ella exîge grandes trabajos, ó entregate á este estúdio sin reserva, porque te aguarda una grande gloria.

V.

Tú callas en la mesa, bien haces, si eres necio; pero haces mal, si tienes entendimiento.

VI.

No hay gasto mas costoso, que el del tiempo.

VII.

En la vida sobrepuja mucho la vanidad á lo útil.

VIII.

Rendir homenage freqüentemente á la divinidad, es la prueba de una sincéra devocion: ofrecerla muchas víctimas, es manifestar solamente la riqueza.

IX.

Es obligacion sagrada alimentar en su ancianidad á nuestros Padres, respetar sus juiciosos deseos, y conformarnos con ellos. No cumplir con esta obligacion, es faltar á un tiempo á las leyes de la naturaleza, y á las de la sociedad, que son los dos cimientos de la justicia.

X.

Tambien debemos los cuidados mas tiernos, y todos los socorros que inspira la humanidad, á la esposa y á los hijos. Estos nos recompensarán de ello en los servicios que nos harán en la vejez; y nuestras mugeres en los socorros que nos prodigarán en nuestras enfermedades, por su inclinacion á partir con nosotros nuestros gustos y nuestras penas, como prueba del reconocimiento que tienen á nuestro amor.

XI.

Si te hallas obligado á contratar con alguno, ten cuidado de que sea con un hombre firme y constante.

XII.

El sabio no presta sino con prudencia, y recoge con dulzura lo que ha prestado. Tú has mostrado humanidad en haber sacado de apuro á tu amigo: no te hagas odioso en el momento de retirar lo que te debe.

XIII.

La mentira, inventada por la envidia y por la calumnia, tiene al principio alguna fuerza; pero no tarda en perderla.

XIV.

Sabe respetarte á tí mismo, y nadie te hará avergonzar.

XV.

Pocas leyes son menester para los hombres virtuosos. No es la ley la que arregla su conducta, antes bien, ésta sirve de modélo á la misma ley.

XVI.

Los envidiosos son los mas desgraciados de los hombres: ordinariamente no sentimos sino los males que experimentamos; pero el envidioso se aflige igualmente de sus propias desgracias, y del bien de los otros.

XVII.

La sociedad se mantiene por la beneficencia, por los honores que se prodigan á la virtud, y por el castigo que persigue al crimen.

XVIII.

¿Qué es amor? La pasion de un alma ociosa.

XIX.

Nada es mas freqüentemente estéril, que el amor de la fama.

XX.

Una muger debe manifestar su entendimiento, no en los negocios de estado, sino en el gobierno de su casa y familia.



VIDA
DE MENANDRO.

La censura de la antigua comedia griega era temible. El ciudadano que ella sacrificaba á la risa pública, estaba expuesto en pleno teatro, báxo su nombre, con sus mismos vestidos, y con una máscara parecida á sus facciones. Esta libertad podia ser útil en un pequeño Estado, donde las costumbres públicas eran todavía honestas. Por el temor de la vergüenza, evitaba las faltas que las leyes habrian castigado, y las que éstas no habrian

podido vengar. La comedia indicaba á la patria los sugetos que debia temer; y afrentados por sus conciudadanos reunidos ya, no podian ser temibles.

Pero quando las costumbres se corrompieron generalmente, quando los Generales, los Magistrados, los Oradores, los Clérigos y los Sofistas se hicieron el argumento de las comedias; esta misma libertad fué mirada como una licencia peligrosa, que esparcía en todos los espíritus la inquietud y la desconfianza. La llaga demasiado envenenada no podia manifestarse sin causar horror. Entonces se vió nacer la nueva comedia, la qual no hablaba de los vicios, respetaba los sugetos, y se contentaba con pintar lo ridículo. Aristófanes habia

sido el Príncipe de la antigua comedia, y Menandro lo fué de la nueva.

Florecía éste hácia la ciento y quince olimpiada, cerca de 318 años antes de nuestra era. Nació en Athenas: fué discípulo de filosofía de Teofrasto, y del arte del teatro, del poéta Cómico Alexis. Compuso mas de cien comedias, de las quales no han quedado sino fragmentos, y obtuvo varias veces el premio de las representaciones escénicas. El gran número de obras que daban los antiguos poétas dramáticos, parece una prueba de que el arte era menos dificil entonces, que ahora; y sobre todo, de que el mecanismo de la versificacion griega, era mas cómodo que el nuestro.

Menandro no tuvo rivales en la elegancia y pureza del estílo. Sus enemigos le echaban en cara lo numeroso de sus plagios; pero no será cierto que haya robado á sus predecesores, si supo hermosearlos.

Dice Horacio, que no es pequeña gloria el agradar á los Xefes de las naciones. Menandro tuvo esta fortuna y este honor, pues mereció la estimacion y la amistad del Rey de Macedonia, y de Toloméo, hijo de Lagus, Rey de Egipto. La antigüedad ha conservado largo tiempo las cartas que habia escrito á este último Príncipe. Habia dexado algunas otras obras en prosa, á las quales no ha respetado mas el tiempo, que á sus versos.

No tenia mas de 52 años

quando se ahogó bañandose en el Piréo. Allí se le elevó un sepulcro, el qual se mostraba todavía á los viageros en tiempo de Pausanias (1).

(1) En el 2.º siglo de nuestra era, cerca de cinco siglos despues de la muerte de Menandro.



PENSAMIENTOS MORALES DE MENANDRO.

I.

La paz mantiene al Labrador hasta sobre rocas estériles; y la guerra lo destruye hasta en el centro de las mas ricas campiñas.

II.

Quando pensamos hacer una navegacion de quatro dias, no nos descuidamos en prevenir quanto puede sernos necesario; pero no pensamos del mismo

modo en procurarnos algunos recursos para la vejéz : este es un viage que tenemos tiempo de preveer , y para el qual no hacemos prevencion alguna.

III.

Tu mano no puede detener la piedra que acaba de arrojar, ni tu boca la palabra que acaba de proferir.

IV.

Una moza en la edad de agradar, no necesita hablar : su mismo silencio es eloqüente, y la persuasion tiene su asiento en sus labios cerrados.

V.

Mientras que gozamos una vida pacífica , y no estamos agi-

tados de temor alguno, no atribuímos nuestra prosperidad á la fortuna; pero así que caemos en la desgracia, al punto la acusamos de ser la causa de todos nuestros males.

VI.

Si tu cuerpo padece, llama al Médiço: si tu espíritu desfallece, llama á tu amigo; porque la dulce voz de la amistad, es el remedio mas seguro contra la afliccion.

VII.

Encontrar corazones compasivos, es el mayor consuelo en los infortunios.

VIII.

La pobreza debia ser el mas

pequeño de los males, supuesto que al instante puede ser socorrida por un amigo.

IX.

En el fuego se exâmina el oro, y en los contratiempos se conocen los amigos. El que lisongea á su amigo en la prosperidad, ama la prosperidad, y no al amigo.

X.

Si envidias la suerte de aquellos mortales que parecen tan brillantes, aprende á leer en sus corazones, y los verás sufrir y padecer como nosotros.

XI.

Si en los males que te afligen piensas en los motivos ó me-

dios que ellos te ofrecen para consolarte, podrás soportarlos con menos pena y trabajo; pero si no te ocupas sino de lo que sufres, y á esto no le opones lo que puede suavizarlo, jamás verás el fin á tus dolores.

XII.

La esperanza es el único bien que le queda al desgraciado.

XIII.

¡Ó rico soberbio! Á tí, que levantas tu cabeza hasta los Cielos, la muerte te la hará baxar bien presto. Tú posees hoy mil fanegas de tierra, y mañana sobrarán siete pies de ella para tu sepultura.

XIV.

¿Hay un ente mas desgraciado que el pobre? Éste dice la verdad, y nadie quiere creerle: trabaja, vela, y se fatiga para que otro usurpe, y disfrute tranquilamente el resultado de sus afanes.

XV.

¿Habrás sido tú el solo de los mortales, formado para ser siempre dichoso, y no hacer mas que aquello que lisongea tus caprichos? Si con esta condicion te han dado los dioses la vida, te han engañado; convengo en ello, y tienes razon para quejarte; pero si has recibido la vida con las mismas leyes que nosotros, y si

respiras el mismo ayre que nosotros, tú debes soportar con resignacion los males que son nuestro patrimonio. Tú eres hombre; es decir, que entre todos los animales, eres el que se eleva á mayor altura para caer seguidamente mas báxo. Sería injusticia el murmurar de ello; porque no hay animal mas endeble que el hombre; y esta criatura tan débil, es la que se ocupa de los mas grandes proyectos, y cuya caída arrastra y envuelve con ella los mayores males.

XVI.

Las palabras causan bastantes males; ellas pierden amenudo al que las profiere: calla, pues, ó dí algo que valga mas que tu silencio.

XVII.

No mires si soy jóven : exâmina solamente si mis discursos son de un hombre prudente.

XVIII.

Los animales son en cierto modo mas dichosos , y mas razonables que el hombre. Mira esa bestia de carga , objeto de tu desprecio : parece que la suerte se ha empeñado en agobiarla; pero obligada á soportar lo que la impone la naturaleza , no sufre por lo menos mal alguno que pueda atribuírselo á sí mismo. Solo el hombre no está contento con todos los males que la necesidad acumula sobre su cabeza,

y sabe todavía forjarselos nuevos: un estornudo turba su espíritu (1): una palabra desagradable lo irrita: un sueño le asusta: el canto de un mochuelo lo pone fuera de sí; los procesos, las preocupaciones, la ambicion, y las leyes que nuestros crimenes solos han hecho necesarias, son otros tantos males que nosotros hemos añadido á la naturaleza.

XIX.

Quando un padre reprehen-

---

(1) Los antiguos miraban los estornudos como presägios funestos; y de ahí viene el uso, que aún subsiste, de hacer votos por el que estornuda.

de ásperamente á su hijo, y es severo en sus discursos, en su corazon no dexa de ser padre.

XX.

¿ Sabes tú qual es el mas esforzado de los hombres? Aquel que puede soportar sin quejarse el mas grande número de injusticias.

XXI.

Si los llantos remediáran nuestras penas; si desde que uno se queja dexára de sufrir, sería necesario comprar las lágrimas á peso de oro. Pero la fortuna es insensible á nuestros gemidos, y sigue siempre su capricho, sin escuchar nuestros gritos, ni advertir nuestro silencio. ¿De qué

sirve, pues, llorar? de nada, sin duda; pero ¡ah! la desgracia hace nacer las lágrimas, así como los árboles producen sus frutos.

XXII.

No hay armas mas poderosas, que las virtudes.

XXIII.

La codicia se vuelve contra aquel á quien domina. En queriendo robar el bien de otro, freqüentemente queda uno engañado en sus culpables esperanzas, y ve pasar su propia fortuna á manos agenas.

XXIV.

Si prestas tu oido crédulo á la calumnia, ó tienes un mal corazon, ó la simplicidad de un niño.

XXV.

Los tres Soberanos que gobiernan despóticamente á los hombres, y les hacen obrar, son: la ley, el uso y la necesidad.

XXVI.

La voz del viejo es agradable al viejo: el infante agrada al compañero de su infancia; y la muger dá la preferencia á su sexô: el enfermo se consuela con la vista del enfermo, y el

aspecto del desgraciado ofrece un cierto consuelo al que gime en los infortunios.

XXVII.

Olvida lo que diste, y acuerdate de lo que has recibido. Pero el reconocimiento envejece prontamente, y apenas sobrevive al beneficio.

XXVIII.

Si eres pobre, y casas con muger rica, no digas que tomas muger, sino dí, que te entregas á la esclavitud.

XXIX.

Las buenas costumbres, y

no las galas, son las que adornan á las mugeres: ellas son, ó la ruina, ó la felicidad de las familias.

XXX.

El tiempo es el que aclara la verdad; y ésta suele mostrarse quando no se piensa en buscarla.

XXXI.

Todos somos sabios quando se trata de dar consejos; pero si es indispensable evitar defectos, entonces no somos sino niños.

XXXII.

Atreverse á emprehender mucho, es exponerse á cometer bastantes faltas.

XXXIII.

La ignorancia no ve ni aun lo que se ofrece á su vista.

XXXIV.

Si quieres que te hagan justicia, sé justo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

COLECCION
DE FILÓSOFOS MORALISTAS
ANTIGUOS.